

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—ADVERTENCIA.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—LA CONQUISTA DE UNA MUJER, por Don J. B., *conclusion*.—NOVELA RUSA, EL ESPADACHIN, traducido de J. Tourgueneff.—GEROGLÍFICO.

ADVERTENCIA.—Habiendo decidido la Empresa de este periódico distribuir á los Sres. Suscritores por via de regalo un almanac del año próximo, y no siendo posible, visto lo complicado de su trabajo, que esté concluido para poderse repartir con el presente número, se ha hecho forzoso demorar hasta el inmediato domingo la publicacion del cuaderno mensual, á fin de que con él se distribuya el almanac citado; dando hoy en su consecuencia un número comun.

REVISTA DE TEATROS.

Decíamos en nuestro anterior número que todo nos anunciaba que el Principal, pasados los dias de terrible prueba, iba á resucitar brillante cual nunca; en suma, que estaba próximo á entrar en una nueva faz, como ahora se dice. Nuestras esperanzas de entonceos han empezado á realizarse, segun vamos á ver, y además puédese ya asegurar, no solo la contrata del tenor Boucardé, que de eso no podia dudarse en manera alguna, sino la muy próxima llegada de este célebre artista, toda vez que se sabe haber salido de Florencia para Marsella, en cuyo punto probablemente se habrá embarcado ya para Cádiz.

Pero decíamos que habian empezado á realizarse nuestras esperanzas, porque en efecto la noche del sábado se puso en escena la *Safo*, en la que, tuvo el público el placer de volver á oír á nuestra distinguida *prima donna* la Sra. Sofia Peruzzi Selva, totalmente restablecida de la indisposicion que hasta ahora la tuvo alejada de nuestra escena.

Acierto ha sido tambien de la artista y de la empresa el haber elejido una ópera tan bella, y en la que la Sra. Peruzzi tiene tan abundante ocasion de hacer valer los inagotables recursos de su inspiracion y de su estudio.

La *Safo* no era nueva aquí ni mucho menos; pe-

ro por una parte habia ya mucho tiempo que no se cantaba, y por otra, fuerza es decir que su ejecucion en las varias épocas en que se puso en escena, mas que para apreciar lo que se ejecutaba habia servido para que se notase lo mucho que faltaba que hacer en su ejecucion. Puede decirse que hasta ahora no habiamos comprendido todo el valor de esta hermosísima partitura, la cual por sí sola basta á immortalizar á su autor Paccini.

Qué cosa tan bien escrita! ¡Qué profunda filosofía en aquellas sublimes notas! ¡Qué instrumentacion tan rica, tan llena de armonía!

Safo, así como *La Vestal*, son producciones de autores que no están muy en juego en los repertorios de hoy. La música de una y de otra se diferencian harto de las de Verdi y Donizzetti para que las saboreemos con facilidad. Es necesario oirlas algunas veces, y entonces es cuando hacen todo su efecto. Así *La Vestal* concluyó por ser la joya de la temporada anterior, como esperamos que *Safo*, algo mas oida, concluya por ser la joya de esta. Mérito tiene de sobra para ello.

Hemos oido decir que el Sr. Boucardé tomará á su cargo el papel de Faon, desempeñado hasta la llegada de aquel por el Sr. Conti. Por este empezaremos nuestra reseña, puesto que nuestros conocimientos no alcanzan ni con mucho á analizar los primores artísticos de aquella admirable obra. Lo sentimos y nada mas.

Conti es un tenor que ha concluido á fuerza de celo y de estudio por captarse el aprecio del público, que en un principio lo recibia con cierta tibieza, y hasta con cierta prevencion. Ha cantado esta ópera mas que regularmente en general, y algunos trozos bien, como por ejemplo el andante de su aria, donde siempre arranca aplausos muy merecidos. Esto es mucho mas de lo que debe exigírsele. Esto lo comprende el público, como comprende la abnegacion con que á nada se niega y que le hace trabajar siempre con alma y vida.

El papel de Aleandro parécenos demasiado bajo para Paccini. Sin embargo, su excelente voz triunfa siempre de todo, y como además cuenta con las simpatías unánimes del auditorio, puede estar seguro de que ni ahora ni nunca le faltarán aplausos.

Otro tanto diremos de la Sra. Belochio, que ha contribuido no poco al éxito de la ópera. Desva-

necido el temor que la primera noche cohibia sus facultades, pudo en la segunda hacer gala de su excelente método de canto y de su fácil garganta.

De propósito hemos dejado á la Sra. Peruzzi para este lugar, que si es el último en el orden de la reseña, es el primero en el de la ejecucion. En esto no hacemos mas que seguir la pauta comun de los autores de óperas: las mejores piezas las reservan para los finales.

Nuestra prima donna se presentó en la escena vestida con esa propiedad, con esa exquisita elegancia que la caracterizan, y que tan favorablemente predisponen á los públicos. Sus facultades de cantante, en vez de haberse menoscabado con su reciente indisposicion, han adquirido por el contrario con el descanso mayor desarrollo. Esto pudo notarse desde luego en el duo del primer acto, única pieza que tiene que cantar con él.

No es duo de grande empeño; pero sí todo el segundo acto, en el que tan gran parte toma, y en el que la lucha de tan varios y vivísimos efectos ofrece ancho campo á la distinguida actriz para desplegar los dotes de su gran talento dramático.

Cada actitud, cada mirada, cada gesto es una maravilla del arte; cada inflexion de su voz vibra en todos los corazones. ¡Cómo nos hizo recordar á la Ristori! Aquella es su escuela; aquel es casi su talento.

¿Y qué diremos del acto tercero? Renunciamos á pintar lo que en él sentimos. Esto seria imposible. Los que tengan corazon deben haber experimentado lo que nosotros: para los que no lo tengan no se escriben las óperas ni los dramas. A esos deben bastarles los polichinelas de la feria ó el Nacimiento de la Tia Norica.

Los coros muy bien; la escena perfectamente dirigida. Hay movimiento y vida en los cuadros; no vemos en esta ópera esos coristas y esos comparsas formados en ala, inmóviles, impasibles, extraños á la accion, y que aunque se desplome el firmamento no abandonan su sitio ni se apartan sus ojos de la concha del apuntador. Esta vez todo eso ha cambiado, y ya los coros son realmente personajes de la ópera y no enseres de vestuario.

Reasumiendo nuestra opinion acerca de este punto diremos.

1.º Que *Safo* es una magnífica ópera y que ha sido muy bien ejecutada.

2.º Que aunque ha agradado mucho, debe agradecer todavía muchísimo mas cuando el público llegue á paladearla.

3.º Que la Sra. Peruzzi se ha excedido á sí misma en el desempeño de su papel; que nunca la hemos visto á tanta altura como artista; y en fin, que esta sola ópera bastaria á conquistarle el renombre de eminente.

Los periódicos nos anuncian que está en ensayo *Macbeth*: mucho lo celebramos porque es una gran cosa. De esperar es que la empresa, que no se arredra ante ningun sacrificio, la ponga en escena con todo el exorno y aparato que sea posible.

En los dias que se ha ejecutado esta ópera las entradas han sido abundantes. El teatro Princi-

pal, segun habiamos vaticinado, ha dado ya sus primeras señales de vida. Es de esperar que despierte del todo.

El Balon continúa con buena fortuna. Sus llenos son frecuentes, y muy raras las entradas que no llegan siquiera á regulares.

Fuera de *El monarca cenobita*, drama pretensioso del que ya nos ocupamos en nuestra anterior revista, se han puesto en escena varias producciones ya conocidas de antiguo, y se anuncian otras nuevas, acerca de las cuales nos proponemos emitir nuestra opinion, valga por lo que valga. Entre las ya vistas de que hablamos antes ha sido una *Las travesuras de Juana*, drama popular, de bastante movimiento, nada escaso de interés, y que compensa con estas ventajas los defectos de la conduccion de su plan y sus inverosimilitudes mayúsculas. El papel de su protagonista estuvo á cargo de la Sra. Castillo de Mendoza, actriz de mucho mérito y con mucha razon aplaudida. El Sr. Sanchez Albarran, que si siempre vale, es una verdadera notabilidad cuando se encasqueta la peluca, hizo reir grandemente en el papel de Acerico; y el Sr. Mendoza, actor fino y de conciencia, estuvo igualmente bien en el desempeño del carácter ásperamente franco del veterano gobernador de Nápoles.

De las piezas pequeñas y sainetes nada diremos, porque son el elemento del Sr. Sanchez Albarran, que está en ellos como el pez en el agua. Díganlo *El maestro de escuela*, *Una idea feliz*, *El maestro Pezuña*, y cien otros.

La Srta. Medina, Ambrosio, y demás partes coreográficas, continúan allí en gran favor.

Otro dia nos ocuparemos con mas espacio de la comedia del Sr. Sanchez Albarran titulada: *Para el corazon no hay ley*, ejecutada recientemente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La conquista de una mujer.

(CONCLUSION.)

Alberto Latil reemplazó en Ortez á un empleado que deseaba aproximarse á su país, y como hijo de un pueblo de las cercanías de Burdeos, se hallaba por casualidad favorecido con el cambio; pero le importaba poco esta ventaja, pues segun confesaba con frecuencia, deseaba aprovecharse de su juventud para recorrer la mayor parte de los departamentos de Francia, y Ortez le gustaba lo mismo que cualquiera otra capital de sub-prefectura. Se presentó con una carta de recomendacion para un antiguo corresponsal de su padre, tratante anciano ya y retirado de sus negocios; casualmente el señor Verniot era este antiguo corresponsal, y la recomendacion abrió á Alberto las puertas de la casa de Adela desde los primeros dias de su llegada.

La primera visita fué preludeo de otras muchas y sin que él mismo lo advirtiese, Alberto Latil halló en la casa del señor Verniot todo lo que po-

dria atraerle y detenerle para siempre en Ortez; habia visto á Adela. Repetidas veces le convidaban á comer, y su corazon latia con violencia siempre que repetian en su presencia el nombre de la hija de Verniot.

El corazon de Adela experimentó tambien desde la llegada de Alberto goces que hasta entonces le habian sido desconocidos, y hallaba en este jóven un encanto que no habia hallado áun en ningun otro. La elegancia de su talle y de sus movimientos no tenia igual en Ortez, y si hablaba no era para dar libre curso á las frases vulgares que forman el núcleo de todas las conversaciones.

No tardó en advertirse en la familia el cambio que se efectuaba en las palabras y acciones de Adela, la cual perdió repentinamente su travesura de niña, y se adornó con una coquetería inusitada. Era evidente que queria presentarse con todas las ventajas de que tan pródiga habia sido con ella la naturaleza, y forzoso es confesar que no desplegabap por su primo tantos primores y medios de seducción.

Como todo se repara en las ciudades de corto vecindario y todo se dice al mismo tiempo, pues habiendo tan escasos asuntos de conversacion cotidiana, es preciso ocuparse de la vida y milagros del prójimo, muy pronto se hizo pública la derrota amorosa de Emilio, y una multitud de personas ofendidas en su amor propio, en mas de una ocasion salieron de su letargo para aplaudir y pregonar el fracaso. ¿Quién no tiene rivales y enemigos? En aquella ocasion los de Emilio fueron desapiadados, y poco faltó para que bajara bruscamente del pedestal sobre el cual tan penosamente le habian elevado.

La señora Benacq conoció que todo se habia perdido si no se encargaba enérgicamente de la direccion de tan importante negocio, del cual dependia el porvenir de su hijo: conocia mejor que Emilio la ciudad, y sabia cuales eran las sendas secretas por las que podia llegar á interesar á todos sus amigos para el logro de sus planes, y en el momento que estuvo segura de que el amor era el principal obstáculo, apoderándose al mismo tiempo del corazon de Adela y del de Alberto Latil, puso manos á la obra sin tardanza.

A pesar de las nuevas distracciones que le habia creado la llegada de Alberto, Adela conservaba el culto ferviente á la memoria de su madre, y todos los dias visitaba la sepultura del ser que mas habia amado, deteniéndose en ella á veces algunas horas, ya en oracion, ya meditando. Hasta los mas indiferentes respetaban en Ortez este exceso de piedad filial, y la señora Benacq conoció que el amor de Adela hácia su madre era el punto por donde debia darse el asalto á la plaza con mas seguridad de rendirla. Emilio no habia pensado nunca en tan sencillo medio de ataque.

Adela hacia siempre su piadosa peregrinacion al medio dia, y esta costumbre era tan notoria en la ciudad, que cuando la veian pasar sola ó acompañada de su doncella, todos sabian á donde iba.

Al llegar un dia Adela bajo la cuna de sauces y

laureles que aislaba el sepulcro querido, halló sobre la losa de mármol un ramo de flores frescas y humedecidas por el rocío. Esta atencion delicada enterneció el corazon de la jóven: mas viendo á lo lejos al sepulturero ocupado en su fúnebre tarea, creyó haber hallado al autor de aquella fineza, y no pensó mas en ello. No obstante, al siguiente dia halló el sepulcro adornado con otro ramillete, y esto se renovó durante muchos dias. Dióle qué pensar esta constancia, y vió en ella un rasgo de cariño y de galantería.

Adela reflexionó quién de los que la rodeaban podia tomar parte en su piedad, y aunque no se atrevia á estudiar profundamente lo que pasaba en su corazon ni á hacer un exámen detenido de las nuevas emociones que sentia, sabia al menos quiénes eran los objetos de sus simpatías y de su aversion. Entre las personas que todos los dias veia á su lado, solo juzgó á Alberto capaz de pedir á un sepulcro adorado la sancion de una felicidad ansiosamente deseada, pues únicamente Alberto abrigaba en el alma la delicada solicitud que nos induce á respetar en la persona amada todos los afectos puros y á sentirlos como ella.

Por otra parte, Alberto Latil se prestaba maravillosamente á las suposiciones de Adela. Desde el dia en que se habia sentado á la mesa hospitalaria del señor Verniot, la casa abierta para él á todas horas, habia sido como un santuario, y nunca la mas indirecta expresion habia dado á entender á Adela el violento amor que le inspiraba. Confiando en el tiempo, y no estando al corriente de lo que se habia dicho y hecho antes de su llegada á Ortez, Alberto esperaba obligar poco á poco á Adela á que hiciera la mitad del camino, con objeto de hallar en los labios de su amada una confesion, en el instante que los suyos no pudieran guardar por mas tiempo el secreto de su corazon. Tímido como todos los que aman de veras, por nada en el mundo hubiera consentido en comprometer la ventura que experimentaba viéndose admitido en la intimidad de Adela, y tomaba en el banquete de la vida la parte que con liberalidad le concedian, saboreándola silenciosamente y con delicia. Por otra parte, ¿para qué se ha de hablar cuando basta una mirada ó un ademan para decirlo todo? Los enamorados que hablan en tales circunstancias, no tienen corazon capaz de sentir los encantadores éxtasis de la contemplacion, y consideran una turbacion furtiva y pasajera como indicios de un inefable sentimiento que no experimentarán nunca.

Alberto amaba su meditacion casi tan involuntariamente como se respira el aire que nos rodea, y sin embargo, sus acciones y palabras revelaban contiunamente su afecto, que adivinaba á primera vista y sin hacer esfuerzos de sagacidad.

Adela no se engañaba acerca del sentimiento que inspiraba, y estaba orgullosa de conocerlo, porque hallaba en su propio corazon una inclinacion hácia Alberto. El incidente de los ramos de flores depositados sobre el sepulcro de su madre acrecentó el cariño que le profesaba, y cuando le vió en su casa

no pudo contener una lágrima que osciló como perla líquida en los sedosos párpados de sus negros ojos. Alberto no comprendió la causa de la emoción súbita de Adela; pero sintió también una emoción semejante, y por vez primera se atrevió á tomar una mano que no se le negó á estampar en ella un respetuosísimo beso.

Esta escena pasó casualmente en el instante que la señora Benacq se preparaba á dar el golpe decisivo armada de todas sus baterías.

La viuda no permaneció en la inacción mientras se representaba bajo la sombra del cementerio la comedia sentimental de las flores recién cortadas para adornar un sepulcro; todos los días requirió á alguna persona para que fuera á ostigar á Adela y preguntarle cuándo se resolvía á dar á Ortez un día feliz casándose con su primo. Adela se esforzaba en defenderse y en decir que ignoraba la causa de los rumores que se empeñaban en hacer circular acerca de su pretendido casamiento con Emilio, y los secretos mensajeros daban principio entonces á los interminables comentarios sobre la conveniencia de este enlace, que daba la jóven mas hermosa y la heredera mas rica de la ciudad al hombre mas distinguido de Ortez, que estrechaba los lazos de dos familias y aseguraba un brillante porvenir al distrito, porque apenas estuviese Emilio casado, pugnaria por alcanzar honores, y no le faltarian los sufragios de los electores mas influyentes, añadiendo por fin que una ciudad debe considerarse feliz, hallando entre los hijos que vió nacer y crecer en su recinto, hombres capaces de defenderla y representarla dignamente.

Estas palabras y otras muchas que fácilmente adivinarán los lectores, en vez de modificar la opinion de la jóven respecto de su primo, solo contribuian á exasperarla y prepararla á dar violentamente fin á las pretensiones de Emilio.

El señor Verniot seguia observando una absoluta neutralidad: varias veces habia declarado que en nada queria influir en la eleccion de su hija, para que nunca pudiera acusarle de violencia, y esta conducta era mas admirable y meritoria en el antiguo negociante, en cuanto se inclinaba secretamente en favor de Emilio Benacq. Su sobrino le parecia el mas perfecto de los yernos, y saboreaba ya las delicias de los honores reservados á su hija en la persona del distinguido abogado, abrigando en su interior deseos de ver triunfar á su hermana y su sobrino, á quienes profesaba un verdadero afecto de familia; pero aunque preferia á Emilio á cualquier otro, públicamente se limitaba á decir que el esposo elegido por su hija, tenia de antemano su consentimiento.

La comedia provincial marchaba con paso rápido hácia su desenlace en medio de todas estas peripecias.

Asediada por todas partes y cansada de esta lucha incesante, Adela estaba resuelta á pronunciar una de esas palabras que desvanecen todas las esperanzas.

El círculo habitual de mujeres que todos los días iba de tertulia á casa del señor Verniot estaba

reunido en el salon, y segun costumbre, una amiga de la señora Benacq suscitó la conversacion sobre la cuestion del matrimonio.

—Señora, dijo Adela desde las primeras palabras; tiempo es ya de dar fin á una conversacion que amenaza con ser eterna en esta casa, y de que os haga saber cuál es mi resolucion. Esta mano, continuó con firmeza y tendiendo la suya sobre la mesa, no pertenecerá jamás á otro hombre mas que al que hace un mes va todos los días á depositar flores en el sepulcro de mi madre.

Un silencio solemne de algunos minutos acompañó estas palabras, silencio que rompió la señora Benacq levantándose bruscamente de la silla para ir á abrazar á la huérfana.

—Ya me figuraba, hija mia, dijo estrechándola con efusion entre sus brazos, que Emilio no podia casarse mas que contigo; su amor merecia esta recompensa.

Explicóse entonces en pocas palabras el misterio; Emilio Benacq era quien todas las mañanas hacia la piadosa peregrinacion que Adela no verificaba hasta el medio dia, y quien dedicaba diariamente algunas horas para ir á adornar con hermosas flores una tumba querida.

Esta revelacion fué un verdadero golpe de teatro; pero Adela no podia desdecirse ni retroceder, á no dar prueba de notable inconsecuencia.

Emilio Benacq se presentó entonces en el salon á donde iba todas las noches; recibió la enhorabuena de todos los concurrentes, y cuando su prima le dió el primer abrazo de novia, olvidó en un instante todas sus angustias de pretendiente.

El señor Verniot no dejó desairada á su hija. El menor pretexto podia romper aún, ó al menos aplazar el casamiento, y era importante aprovechar la ocasion.

El enlace tan deseado por la señora Benacq se efectuó sin dilacion, pues hacia mucho tiempo que ámbas familias estaban preparadas para tan fausto acontecimiento, y las personas mas notables de la ciudad fueron convidadas á la boda, en la que se desplegó la mayor pompa y ostentacion.

Un mes despues, Alberto Latil partió de Ortez, y apenas habian trascurrido dos años cuando Emilio Benacq, despues de haber sido regidor y alcalde, fué llamado por el sufragio de los electores á representar el distrito en la Cámara de diputados.

J. D.

NOVELA RUSA.

EL ESPADACHIN.

(TRADUCIDO DE J. TOURGUENEFF.)

(CONTINUACION).

—No baila nunca.

—Entonces ¿por qué ha venido aquí?

—Deseaba, repuso el corneta sonriendo (1), deseaba tener el gusto de...

La jóven le interrumpió.

—¿Me parece, le dijo, que no hace mucho que estais en nuestro regimiento?

—¿En vuestro regimiento? repitió Kister con una sonrisa; no, en efecto no hace mucho.

—¿Y os gusta vivir aquí?

—¿Seguramente.... He hallado una sociedad muy agradable, y luego la naturaleza....

El jóven oficial comenzó una descripción de la naturaleza. María le escuchó con la cabeza baja. Lutchkof sentado en un rincón miraba con aire indiferente á los bailarines.

—¿Qué edad tiene el señor Lutchkof? preguntó de repente María.

—Creo que tiene treinta y cinco años.

—Dicen que es un hombre peligroso, violento...

—Es un poco irascible, pero es un buen muchacho.

—Dicen que todos le temen.

Kister se sonrió.

—Y vos le temeis también?

—Es mi amigo.

—De veras?

En aquel momento les llamaron á voces para que entraran en baile; María y Kister se pusieron en movimiento y atravesaron la sala.

Concluido el baile, el corneta se acercó al capitán y le dijo:

—Estás de enhorabuena.

—Pues?

—La hija de la casa no ha hecho más que hablarme de tí.

—Ah! exclamó Lutchkof con acento desdeñoso.

—Hombre de suerte! Mírala, es muy bonita.

—Dónde?

—Allí.

—En efecto, no parece mal.

Y Lutchkof bostezó al decir estas palabras.

—Hombre frío! exclamó Kister corriendo á buscar otra pareja.

Avdiei estaba regocijado con lo que acababa de decirle su amigo, aunque bostezara con poco respeto; se hallaba muy lisonjeado en su orgullo, porque despertaba la curiosidad. Si despreciaba el amor, era de palabra; sabía que era muy difícil hacerse amar; pero podía sin duda ostentarse como un hombre reservado ó indiferente. No era hermoso ni jóven; pero disfrutaba de una reputación singular, y estaba acostumbrado á gozar silenciosamente de la amarga satisfacción de su aislamiento.

Más de una vez ya se había atraído la atención de las mujeres, y aun algunas quisieron acercarse á él; pero él siempre las rechazó con su ruda impasibilidad; sabía que en el momento de una entrevista, de una declaración, se mostraría primero vulgar y torpe, y luego grosero acaso hasta la injuria. Acordábase de dos ó tres mujeres con quienes había tenido algunas relaciones, y que en cuanto le

observaron un poco de cerca, se alejaron prontamente...

De resultas de estos chascos había resuelto tomar su actitud enigmática y despreciar lo que no quería concederle el destino. Los hombres por lo común no profesan otro desprecio. Lutchkof no podía tener una manifestación de pasión franca, recta, espontánea; se imponía un papel aun en su cólera.

Su amigo Kister se había formado de él una opinión equivocada; era el único que podía oír sin repugnancia las careajadas de Avdiei; los ojos del buen alemán chispeaban de alegría cuando leía algunas páginas de Schiller al espadachín, y este bajaba la cabeza con aire mustio...

Kister bailó hasta rendirse. El capitán no salió de su rincón, fruncía las cejas, de tiempo en tiempo echaba una mirada de reojo á María, y en cuanto se encontraba con la vista de la jóven, volvía la cabeza con una indiferencia afectada.

María bailó tres veces con Kister. El carácter entusiasta del jóven oficial despertó sus simpatías; habló alegremente con él, pero en el fondo de su corazón estaba inquieta: Lutchkof era quien la ocupaba.

La orquesta dió la señal de la mazurka. Los oficiales se pusieron en movimiento: los tacones de las botas resonaban en el entarimado; las charretas revoloteaban sobre los uniformes.

Los funcionarios civiles se mostraban tan animados como los oficiales. Lutchkof permanecía inmóvil en su puesto, y seguía á los bailarines con ojos indolentes. De pronto le tocaron en el hombro y se volvió: uno de sus compañeros le señaló María. La jóven estaba delante de él con los ojos bajos y le tendía la mano. Al pronto el adusto capitán la contempló con sorpresa, luego se quitó el cinturón, dejó su sombrero en el suelo, emprendió su marcha torpemente á través de los sillones, tomó la mano de María y dió algunas vueltas por la sala, pero sin divertirse y sin saltar como sus compañeros. Habríase dicho que cumplía con sentimiento una delegación fastidiosa. El corazón de la jóven latía fuertemente.

—Por qué no bailais? le preguntó al fin.

—No me gusta el baile, respondió. ¿Dónde está vuestro asiento?

—Allí.

La llevó á su puesto, se inclinó friamente y volvió á su rincón; pero en secreto, su naturaleza triunfaba. Una satisfacción interior conmovía todas sus fibras.

Kister fué á sacar á María.

—¿Qué hombre tan extraño es vuestro amigo! le dijo la jóven.

—Ah! mucho os ocupa, respondió guiñando sus hermosos ojos azules.

—Acaso es desgraciado! exclamó ella.

—Desgraciado! repitió el corneta riendo; ¡qué idea!

—No sabeis..... no podeis saber, repuso María meneando la cabeza.

—Cómo que no sé?...

(1) La palabra corneta está aquí usada en la acepción de porta-estandarte.

La jóven meneó de nuevo la cabeza y miró á Lutchkof que al notar esta mirada se encogió de hombros y se retiró á otro cuarto.

III.

Pasaron algunos meses. El capitán no volvió á casa de los Perekatof. Kister por el contrario les hizo visitas frecuentes. Nenila le veía con gusto, pero él visitaba la casa por ver á María. En su candor y en su poca experiencia de las cosas del mundo, experimentaba el mayor placer en un cambio afectuoso de ideas y de sentimientos, y creía sencillamente en la posibilidad de una amistad firme y agradable entre un jóven y una jóven.

Un día los buenos caballos enganchados á su carruaje le llevaban con rapidez hácia la casa de Perekatof. Era en verano: la temperatura estaba pesada y caliente; ninguna nube oscurecía el cielo, pero se elevaba en el horizonte una especie de vapor denso que anunciaba una tempestad.

Los balcones de la habitación que ocupaba la familia Perekatof en el verano miraban al Levante según el uso adoptado en aquel país. Desde por la mañana Nenila había mandado cerrar las ventanas. Kister se adelantó con precaución por la sala oscura; la poca luz que penetraba en ella por los intersticios de las persianas se proyectaba en largos rayos por el suelo y se reflejaba en las paredes.

Como de costumbre Kister fué recibido amistosamente por toda la familia. Después de la comida Nenila se retiró á su cuarto á dormir la siesta. Sergio se sentó en el sofá, María se colocó delante de su bastidor y el corneta se puso en frente de ella.

La jóven se inclinaba sobre su cañamazo sin descubrirle y apoyó en la mano su cabeza. Kister la hablaba; ella le escuchaba con aire distraído, como si esperara alguna cosa.

De tiempo en tiempo lanzaba una mirada á su padre, y al fin extendiendo una mano hácia Teodoro le dijo:

—Venid aquí y hablad en voz baja. Mi padre se ha dormido.

Efectivamente, Perekatof con la cabeza inclinada en el canapé y la boca entreabierta dormía profundamente.

—Qué quereis? preguntó Kister con curiosidad.

—Os vais á burlar de mí.

—Qué sucede?

María bajó la cabeza de tal modo que solo mostraba la parte superior de su rostro; lo demás quedaba oculto entre sus manos. Luego con una voz tímida y un poco cortada preguntó al jóven oficial por qué el capitán no le acompañaba nunca.

No era la primera vez que la jóven se acordaba de Lutchkof desde el día del baile.

Kister no respondió.

María le miró tímidamente por entre sus dedos.

—¿Debo manifestaros francamente lo que pienso? exclamó Teodoro.

—Sin duda... ¿Por qué no?

—Pues bien, me parece que Lutchkof ha producido en vos alguna impresión.

—No, respondió ella inclinándose sobre el cañamazo como para estudiar de cerca el dibujo. En aquel instante un rayo de luz dorada resplandecía en sus cabellos. No, repitió, pero...

—Pero qué?...

—Podeis figuraros que.... repuso levantando la cabeza y recibiendo el rayo de sol en los ojos; si yo pensara...

—Os faltan las expresiones?

—Sí, contestó María con voz baja, sonrojándose y desviando el rostro; sí, confieso que hay en él un no sé qué... ¡Os burlais de mí!... exclamó de repente clavando su vista en Teodoro.

Este se sonreía con dulzura.

—Os digo, continuó, todo lo que me pasa por la cabeza. Sé que sois... (no se atrevía á pronunciar el nombre de amigo) que sois bueno para mí.

Kister se inclinó; María le tendió la mano en silencio, y él besó la punta de sus dedos respetuosamente.

—¡Es hombre muy original! añadió ella inclinándose de nuevo sobre su bastidor.

—Original!

—Ciertamente, por eso me interesa, no de otro modo.

—Lutchkof, repuso Kister con gravedad, es un hombre notable, un hombre distinguido. En nuestro regimiento no le conocen, no saben apreciar su valor, le juzgan por las apariencias. Sin duda tiene un carácter duro, singular, impaciente, pero su corazón es bueno.

María le escuchaba con avidez.

—Os le traeré, prosiguió Teodoro; le diré que hace mal en evitaros, y que es una cosa ridícula mostrarse tan huraño... le diré... ¡Oh! bien sé lo que tengo que decirle... Pero no vayais á suponer que yo...

Kister se detuvo cortado, y la jóven también estaba muy confusa.

—En fin, repuso, creo que os agradará.

—Como otros me agradan.

—Bien, bien, os le traeré, está dicho.

—Pero no vayais á...

—Descansad en mí; os respondo que todo irá debidamente.

—Ah! sois...

María no pudo acabar su frase y amenazó con el dedo al jóven oficial.

Perekatof bostezó y abrió los ojos.

—Me parece, murmuró, que he dormido un rato.

María y Kister comenzaron á hablar de Schiller: Sin embargo, Teodoro no tenía el espíritu tranquilo. Sentía despertarse en él un sentimiento de celos y trataba de dominarle.

Nenila volvió á la sala y entraron el té. Sergio hizo dar saltos á su perro por encima de un palo, y contó cómo le enseñaba él otra porción de habilidades por el estilo. El animal, como si hubiera comprendido lo que decían, dió varias vueltas muy contento y se lamió el hocico.

Por la tarde hacia un poco de fresco y quisieron disfrutarle paseándose por un bosquecillo de álamos. Teodoro miraba constantemente á la jóven,

deseando hacerla señal de que cumpliría con el encargo. María se mostraba alternativamente alegre y pensativa. Kister disertaba con un tono bastante enfático, ora sobre el amor, ora sobre la amistad; pero una mirada escudriñadora de Nenila le interrumpió de repente en su discurso.

Los rayos del sol en el ocaso resplandecían en el horizonte. Delante del bosquecillo de álamos se extendía una ancha pradera; María tuvo deseos de jugar al *gorelki* (1), y para esto mandaron á llamar á los criados de la casa.... Perekatof se puso delante con su mujer, Kister con María, y comenzaron á correr lanzando gritos ligeros. El ayuda de cámara tuvo el atrevimiento de separar á Sergio y á Nenila; una doncella se dejó coger respetuosamente por el amo. A Kister nadie le pudo separar de su compañera.

Mientras se colocaban otra vez en orden, el corneta dijo algunas palabras á María, que con el rostro inflamado por aquel ejercicio le escuchaba sonriendo y se pasaba la mano por el pelo.

Kister se fué despues de haber cenado.

La noche estaba serena y estrellada. Se quitó la gorra; se sentía con el corazón agitado y un poco triste.

—Sí, exclamó, la amo; pero no le hace, justificaré su confianza; la pondré en comunicacion con mi amigo.

Aunque nada demostrara claramente los verdaderos sentimientos de María respecto de Lutchkof; aunque en realidad ella no hubiese manifestado mas que cierto deseo de curiosidad, Kister componía ya toda una novela, y se imponía un deber de conciencia al que inmolaba sus propias inclinaciones.

—Debo hacerlo así, se decía, tanto mas cuanto que hasta ahora solo he sentido por ella un afecto leal.

Habia leído mucho, y por esto se creía hombre sagaz y experimentado. No se daba cuenta á sí mismo de la realidad de sus suposiciones, y no comprendía el verdadero carácter de la vida humana que sin cesar cambia de aspecto y no se renueva nunca.

Poco á poco se exaltó en sus proyectos, y hasta pensó con emocion en la tarea que debía llenar. Ser el mediador entre una jóven tímida y un hombre que quizá parecia tan duro porque todavía no habia podido amar ni ser correspondido; ponerlos en relaciones, explicarles sus propios sentimientos, y luego alejarse sin dejar sospechar siquiera el sacrificio á que se condenaba... ¡qué resolucion tan noble!

A pesar de la frescura de la noche, el rostro del jóven estaba inflamado por el ardor de su pensamiento.

A la otra mañana muy temprano entró en el cuarto del capitán.

(1) Es un juego en que se colocan de dos en dos y una persona se pone delante.—Las personas colocadas detrás echan á correr, y la que está delante trata de desunirlas cogiendo á una. La que se queda sola se pone delante de ella á su vez.

Lutchkof fumaba en su pipa sentado en el canapé.

Despues de haberle dado los buenos dias Kister le dijo con voz solemne:

—He estado ayer en casa de Perekatof.

—Ah! exclamó el oficial con su indiferencia acostumbrada.

—Todos los de la familia son muy amables.

—De veras?

—He hablado de tí:

—Gracias; ¿y con quién?

—Con los padres y... con la jóven.

—Ah! La regordetilla...

—Una jóven hechicera, Lutchkof.

—Todas los son.

—No la conoces; no he visto jamás una muchacha de una naturaleza tan buena, tan interesante.

Lutchkof comenzó á entonar con voz gangosa una cancion del regimiento.

—No oyes que te estoy hablando de María?

—Estás enamorado de ella, Teodoro.

—No seguramente, ni por pienso.

—Qué locura! Como si fuera posible!...

—Te digo, mi querido amigo, repitió el capitán tarareando de nuevo, que estás enamorado de e... e... e... ella.

—Ah! qué hombre! exclamó Kister impaciente.

Con otro, Lutchkof habria persistido en su idea; pero no queria contrariar á Kister.

—Vamos, vamos, dijo, no nos enfademos, hableme en aleman.

—Oyeme, Avdiei, prosiguió Kister sentándose á su lado; ya sabes que soy tu amigo (Lutchkof hizo una mueca); pero debo confesarte que hay en tí una cosa que no me agrada, y es que no quieras conocer á nadie, que estés empeñado en permanecer en un rincon, y que huyas aun de las personas que te estiman. Sin embargo, hay gentes que deberias frecuentar. Admito que hayas sido engañado en el curso de tu existencia, que tu corazón se haya endurecido, que no quieras trabar amistad con el primero que se presenta; pero ¿por qué has de evitar á todo el mundo?

Lutchkof seguía fumando con mucha flema.

—Resulta de tus hábitos de aislamiento que nadie te conoce sino yo; los demás, Dios sabe la opinion que tienen de tí... Avdiei, repuso Kister, despues de una pausa, ¿crees en la virtud?

—La virtud! cosa estupenda! respondió Lutchkof.

Kister le estrechó la mano.

—Quisiera, prosiguió con voz afectuosa, reconciliarte con la vida. Estoy seguro de tu completa regeneracion; ¡qué júbilo para mí!... Vamos, permíteme que haga mis combinaciones contigo en un momento oportuno... Hoy es lunes... mañana martes... miércoles... Ven el miércoles conmigo á ver á los Perekatof; se alegrarán mucho de verte y pasaremos allí un rato divertido... Ahora, dame una pipa.

Avdiei seguía inmóvil en su canapé.

Kister encendió su pipa, se acercó á la ventana y comenzó á tocar una marcha en los cristales.

—¿Con que han hablado de mí en esa casa? dijo de repente Lutchkof.

—Sí.

—Y qué han dicho?

—Desean conocerte.

—Quién lo desea?

—Hola! ya te haces curioso?

Avdiei llamó á su asistente y le mandó que ensillara su caballo.

—Adónde vas?

—Al picadero.

—Avdiei, está convenido. ¿Irémos á casa de los Perekatof?

—Sí, contestó con indolencia Lutchkof extendiéndose en el sofá; irémos.

—¿Qué hombre! murmuró Kister; y salió muy pensativo y suspiró hondamente.

IV.

María se acercó á la puerta de la sala cuando anunciaron la llegada del capitán y del corneta; luego subió con precipitación á su cuarto y se miró al espejo.... Su corazón latía con fuerza.

Una doncella entró á decirle que la esperaban en la sala. María bebió un vaso de agua, se detuvo en la escalera, y al fin bajó.

El padre había salido; la madre estaba sentada en el canapé; Lutchkof en un sillón con su chacó entre sus rodillas; Kister se había puesto á su lado.

Ámbos se levantaron al acercarse la jóven, el corneta con su sonrisa suave y afectuosa, Lutchkof con un aire grave y violento. María les saludó algo cortada, y luego se fué junto á su madre. No obstante, en breve se serenó y observó al capitán, que respondía á las preguntas de Nenila con brevedad, pero con tono inquieto; era tímido como todas las personas vanidosas.

Nenila propuso á los jóvenes un paseo por el jardín, y se salió al balcón. No se creía obligada á tener siempre á su hija colgada del brazo, como la mayor parte de las madres que viven en provincias.

El paseo duró largo tiempo. María habló mucho con Kister, pero no se atrevía á mirarle, ni tampoco miraba al capitán. Este no decía nada. En cuanto al corneta se hallaba como excitado, y reía y charlaba que era un portentoso.

En el paseo tocaron á un arroyo; á pocos piés de su orilla, un hermoso lirio acuático extendía su fresca corola en la superficie serena del agua.

—Qué flor tan bonita! exclamó la jóven.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando Lutchkof sacó su sable, alcanzó el tallo delicado, é inclinándose un poco logró cogerla.

—Cuidado! exclamó María asustada; hay mucha profundidad en ese sitio.

Lutchkof trajo la flor con la punta del sable hasta la tierra á los piés de María que la tomó, mirando al capitán con una expresión risueña y dulce.

—Bravo! exclamó Kister.

—Y no sé nadar! añadió Lutchkof.

Esta reflexión desagradó á María.

—Qué necesidad tenía de decírmelo.

Los dos amigos prolongaron su visita hasta por la noche. María experimentaba algo de inusitado. Mas de una vez se mostró pensativa; andaba con mas lentitud y no se separaba de su madre, antes bien la interrogaba á cada instante con sus ojos.

Lutchkof la prodigó algunas atenciones con mucha cortedad, pero aun esta circunstancia lisonjaba su inocente amor propio.

Cuando se marchó con su amigo prometiendo que volvería próximamente, María se fué á su cuarto y miró con ojos atónitos cuanto la rodeaba.

Nenila se acercó á ella, la acarició y la besó como de costumbre.

María entreabrió los labios, pero no pudo pronunciar una palabra. Quería hacerla una revelación y no sabía qué decir; su espíritu se hallaba profundamente turbado.

Al acostarse puso en un vaso de agua la flor que Lutchkof había cogido, colocó el vaso en la mesa de noche, le tomó en sus manos cuando estuvo en la cama, y besó con sus labios candorosos los frescos pétalos de aquella flor preciosa.

—¿Conque te han gustado los Perekatof? preguntó Kister á su amigo en la mañana siguiente; ¿no tenía yo razón, amigo mio?

Lutchkof no respondió.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Para las mujeres no hay hombre feo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bartista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.



El abate se fué á organizar la fiesta y las dos señoras se quedaron charlando en el comedor, ocupándose sin cesar de la misteriosa aventura que con justicia tenia en aquel dia preocupados los ánimos.

III.

EL SARCASMO.

"Cuando yo nací,
En hora menguada,
Ni perro se oía
Ni gallo cantaba;
Si no era una hada
Que me maldecía.

"Diérame esa hada,
Cuando fuí engendrado,
Que dó mas amase
Fuese desamado.

"Diérame esa hada
Cuando fuí nacido,
Que dó mas quisiese
Fuese aborrecido.

"Romance del conde D. Sancho."

Como el mes de Noviembre se encontraba ya muy avanzado, la tarde habia estado fria y lluviosa y la noche por lo tanto era una noche de invierno de las mas desagradables y aun tormentosas.

Pero nada era suficiente para alterar la decision de aquella numerosa pandilla, que perfectamente organizada bajo la direccion del abate quedó citada para momentos despues de cerrada la noche, á fin de no llamar la atencion de aquellos asustadizos y pacíficos habitantes.

En efecto, apenas cerró la noche percibióse en un recodo de la playa un punto negro, que engrosándose con la rapidez del relámpago formó un inmenso gentío, que asemejaba en medio de aquella noche un pueblo reunido silenciosamente para llevar á cabo una conspiracion.

Y un pueblo era en verdad; todo el pueblo de Candás que tenia nombre conocido, que tenia poca ó mucha representacion en la sociedad, todos, y todos los que componian la velada, todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, tocadores de flauta, violin, viola-ferreñas, ó pandereta; la alcaldesa que no se acordaba de haber salido de parranda desde el año de novia que la habian sacado á oír "la misa del Gallo", y que no sabiendo tañer ningun instrumento, habia traído á la fiesta un almiraz nuevo que formaba parte de su dote. La Síndica que no teniendo almiraz, habia traído los cencerros de las dos únicas vacas que poseia; diez ó doce imitadoras de la Síndica que se habian visto precisadas por su escasez á echar mano de aquellos sonoros instrumentos; la sacristana con la caldereta y el hisopo y por último Guillermo, Guillermo chispeante de gozo, obsceno como de costumbre, y orgulloso como un príncipe al verse encargado por monseñor de cantar, de soltar la bomba que en aquella ocasion equivalia á decir "llevar el gato al agua."

DICIEMBRE.

Aquella espesa nube, se extendió como un gran manto negro por las tortuosas calles de la villa, haciendo alto en la plazoleta que estaba bajo el balcon de la pobre Rosarito, donde todos los instrumentos rompieron en una especie de sinfonía, tan estrepitosa como discordante.

Figúrese el lector el armonioso conjunto de la viola de amor y las ferreñas, del violin, la guitarra, las castañuelas, la pandereta y la trompa, coronado todo por los silbidos de un flautin, que hubiera descompuesto sin duda alguna el cerebro mejor organizado.

Asustada Rosarito por aquella irrupcion inarmónica que bramaba como un torrente bajo su balcon, se asomó, no sin recelo, y dió treguas por un momento á la idea que la tenia preocupada de una manera horrible.

Las cartas no las habia dejado en Candás el ingrato fugitivo; pero ¿si habia tenido la debilidad de enseñarlas á alguna persona? Y si esa persona era la señora Mariscalá ó el señor abate? ¡Oh, entonces Rosarito deseaba la muerte y la deseaba de veras porque la preferia con mucho á la publicidad de su aventura.

Fuertes sin embargo para resistir á la desgracia (porque la union constituye la fuerza) Fílida y ella habian acordado presentarse aquella noche en la velada un poco mas tarde que de costumbre, pero mucho mas aseadas, pretestando que llegaban de un dia de campo de Perlorá, creyendo así las infelices desorientar á los maliciosos y estraviar la opinion acerca de los sucesos de el dia.

Pero antes que llegase la hora, Rosarito se vió sorprendida por aquella serenata tonante que en el silencio de la noche y merced á su espantosa discordancia, inspiraba terror á toda persona desprevenida.

Pero si aturdida se quedó Rosarito con aquella serenata monstruosa, no lo quedó menos al distinguir la inmensa nube negra, que cubriendo por completo la plazoleta, se extendia á lo largo de la calle y se perdia en la oscuridad.

Rosarito quedó asombrada, porque comprendió que allí se encontraba todo el pueblo de Candás; y en efecto, pocos eran los que, excepto los viejos y los niños se habian quedado en su casa, porque á pesar del silencio con que la caravana recorria las calles, su número era tan crecido que no pudo menos de llamar la atencion de los curiosos: y como en Candás la menor bagatela es un gran acontecimiento, las tenderas de abacería cerraban sus cutrichis, y "¿á dónde vas Clemente? á donde va la gente;" se iba engrosando el grupo y tomando á pesar de la frialdad de la noche proporciones inmensas.

Rosarito tuvo miedo sin saber por qué, y se retiró á la parte de adentro del balcon, porque un presentimiento secreto le decia que estos grupos y estas caravanas inusitadas tenian alguna relacion con el malhadado asunto de la epístola.

De repente cesó aquel infierno de discordancias y elevóse entre las bocanadas de aire de la tormenta una música suave que Rosarito halló muy

encantadora al lado de la tormenta musical que acababa de pasar. Y en efecto aquella música ya era otra cosa: la viola de amor unida á un pobre violin mutilado ya, á la guitarrilla que rascaba Guillermo, y al flautin del hijo del sacristan, formaban entonces un cuarteto que por medio de comparacion parecia una música celeste.

Vanidad! vanidad! tú dominas con pequeñas excepciones el corazon de la mujer de una manera mos omnímota que la ambicion, mas que el amor mismo, pese á los filósofos sentimentalistas.

Rosarito, la desconsolada viuda víctima de su misma flaqueza, la que llamaba á gritos á la muerte porque se consideraba deshonorada y envilecida por su propia mano, abrió los oidos á la música que la halagaba, se asomó de nuevo al balcon, se gozó en creer que el oficial acababa de llegar de Oviedo con todos los *musicantes* de la catedral, y se puso á hacer remilgos que se distinguian perfectamente, merced á la luz de la lamparilla que ardia sobre la mesa, tristísima luminaria con la que se alumbraba siempre aquella tristísima estancia.

Pero la copla no venia y Rosarito estaba impaciente: por último, una lijera pausa la hizo comprender que iban á cantar, y la pobre viuda se hizo toda oidos para escuchar sus alabanzas.

La voz de Guillermo hinchada y estentórea cantó con acento claro y estridente:

"Madama Listones
y Sardina Arenque,
por necias perdisteis
un oficialete.

.....
Por necias perdisteis
un oficialete."

Toda aquella orquesta infernal, toda aquella manada de cencerros, de almireces, de calderos y de terreñas se desencadenó á la vez, aumentadas por el prolongado sonido de un enorme cuerno de caza que habia traído á la fiesta el descendiente de los señores feudales de Gauzon, como un recuerdo de sus buenos tiempos señoriales.

Al oír aquella cancion que ponía en relieve toda su mísera historia, acompañada por todo el pueblo de Candas, coreada por los silbidos de todos los desvergonzados, la infeliz Rosarito se desplomó sobre uno de sus durísimos sitiales, y tomando un manto salió por la puerta del corral acompañada de su criada, encaminándose apresuradamente á casa de Fílida, á la que encontró hecha una Magdalena y llorando á mares su malhadado amor.

La caravana continuó silbando y apostrofando á la infeliz viuda sin miramiento alguno, hasta que viendo que la luz de la lamparilla se extinguía, y que nadie aparecía en la casa, emprendieron la marcha hácia la de la Escribana, seguros de encontrar allí juntas á las dos pobres tórtolas abandonadas.

Rosarito en los primeros momentos no pudo hablar; lanzóse llorando en los brazos de la asustada poetisa; y por fin entre gemidos y sollozos pudo explicar á Fílida la horrible burla de que acababa

de ser objeto, concluyendo con las fatídicas palabras:

—¡Estamos perdidas, perdidas para siempre; al menos en Candas!

—Sí, en Candas! exclamó Fílida; pero aun hay desiertos, hermana, aun hay santuarios arruinados donde colocar una Virgen y hacer vida penitente, lejos del bullicio de los *grandes pueblos*.... Anímate, hermana; en la desgracia es donde se conocen las grandes almas!

Y Fílida oyendo que se acercaban los musicantes, pasó rápidamente el cerrojo al balcon, dió el grito de alarma para que la muchacha atrancase la puerta de la calle, y apagando la luz se abrazó estrechamente á Rosarito; y abriendo un postiguiillo arrimaron ámbas el ojo, contemplando con espanto la inmensa muchedumbre que venia entusiasmada á cantar su deshonra.

La sinfonía infernal estalló como un torrente lo mismo que lo habia hecho debajo del balcon de Rosarito; pero al ver la oscuridad y el silencio que reinaba en la casa, el abate y otros muchos con él, creyeron que estaba desierta.

Es inútil, Guillermo, dijo monseñor á Jorobado; las palomas han huido.

—Monseñor! exclamaron á un tiempo las dos infelices, perdidas! perdidas!

—No, señor, objetó la Síndica con voz varonil; yo que he llegado la primera, he visto una luz por los entre-paños del balcon.... esa luz la han apagado de un soplo, y el que sopla es persona, señor abate.

—Tiene razon, dijo con aire triunfal el Jorobado; las lechuzas no necesitan luz para estarse ahí acurrucadas detrás del balcon. Adelante, señores! adelante! y que se repita la sinfonía.

La sinfonía se repitió, formando al concluir un prolongado trueno acompañado de silbidos y de gritos salvajes,

—Orden, señores, órden! exclamó monseñor que solo habia aceptado aquel compromiso para desorientar á su tia acerca de sus nuevas amigas.

A la voz del señor abate todo el mundo recojió su vela, elevándose á poco en los aires los ecos de aquella música dulcísima que habia encantado á la pobre Rosarito, haciéndola concebir tan halagüeñas esperanzas.

Apenas empezó el prelude, la viuda empezó á temblar como una azogada.

—¿Oyes esa música, hermana? preguntó balbuceando á Fílida; pues esa música tan dulce, tan encantadora, esa es la que nos deshonra.

Fílida seducida sin embargo por aquellos dulcísimos acordes, se puso á escuchar.

Guillermo cantó con una voz que parecia dominar el espacio en diez leguas á la redonda:

"Madama Listones
y Sardina Arenque,
por tontas perdisteis
un oficialete.

.....
Por tontas perdisteis
un oficialete.

Y apoyóse tan cruelmente en los últimos versos, que el auditorio comprendiendo sus buenas intenciones, tronó, silbó, insultó indecorosamente, hasta que monseñor, para quien aquellas aventuras eran ya una insoportable farsa, cansado, fatigado, llorando la velada que le habian arrebatado aquella noche, disolvió en la misma plazoleta de Fílida á su numeroso é ingobernable ejército, y se encaminó solo á su palacio, negándose á admitir la compañía del Síndico que le llevaba siempre hácia su casa.

Cuando monseñor desembocó en la plaza un fuerte ataque de tos le hizo detener el caballo, y solo entonces se apercibió de que la noche estaba fria y tormentosa, y que él habia salido impremeditamente con los manteos de seda.

El jóven abate al entrar en el grandioso portal, profusamente iluminado, tocó un silbatillo de oro, presentándose al momento un ayuda de cámara.

El muchacho tomó las riendas doradas, ayudó á bajar á monseñor, y á los pocos minutos el jóven abate penetraba en el salon de la velada, ocupado aquella noche tan solo por la Sra. Mariscalá, la Mayorazga de Peran, la Condesa de Santarúa y sus cuatro hijas.

Los musicantes cansados de gritar, silbar, y sobre todo azotados por el viento y la lluvia, no pensaron aquella noche mas que en el descanso de que tanto necesitaban.

Elena y su madre no sabiendo á qué atribuir la ausencia de monseñor, se pusieron á rezar devotamente el rosario ante una imájen del Cristo para que le librase de todo mal.

FIN DE LA QUINTA PARTE

DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

UNA MANANA DE MAYO.

Raya el alba, y su primer destello ilumina el alto campanario de Molinedo. Molinedo es un pueblecillo situado en la garganta de la Sierra de Reinosa. A sus piés ondula un mar de verdes hojas, formado por espesísimos bosques de abetos; encima de él se extiende el vasto pabellon del cielo, tan transparente, azul y tornasolado, cual suele serlo en todas partes el hermoso cielo de la España. Alrededor del pueblo serpentea un riachuelo que vá vagando aquí y allá, fecundando un grupo de árboles frutales, haciendo brotar de entre las peñas ramilletes de perfumadas flores.

Las casas de Molinedo no pasan de treinta, deruidas las unas, blancas y rodeadas de jardincillos las otras. En el centro hay una plaza irregular, formada por la iglesia, la escuela y la casa del ayuntamiento. A esto se reducen todos sus edificios públicos; pero en cambio tiene rocas graníticas, suspendidas casi milagrosamente en los aires, árboles gigantescos, y una mujiente cascada de don-

de surge el límpido riachuelo. El paisaje que le sirve de marco, es agreste y lozano, con esa lozanía viril de la naturaleza primitiva.

Por lo demás el pais es pobre. El labrador necesita regar muchas veces con su sudor los áridos surcos, para hacer germinar el rubio trigo, ó ver cual se ostentan los pámpanos de las vides, sobre las rocas desquebrajadas y arcillosas. Su mayor riqueza consiste en sus rebaños, y el pobre se alimenta con leche, y forma con sus lanas un tegido que le resguarde contra los rigores del invierno. No posee otros bienes; pero tiene robustez, sol y alegría.

He dicho que rayaba el alba, ¡oh qué hermosa mañana era aquella, la primera del mes de Mayo! Por todas partes sacudian su corola, húmeda de rocío, ramilletes de silvestres flores, y los pájaros saltaban de rama en rama, confundiendo sus cantos con los murmullos del aura, con las quejas del arroyo, que parecia deslizarse mas aprisa entre los altos cañaverales y el verde musgo de sus orillas. ¡Oh, era una deliciosa mañana aquella, iluminada con un rayo de esplendente sol, saturada de perfumes, sobrecargada de armonías.

Y la campana de la iglesia resonaba magestuosamente en los espacios, produciendo un eco en todas las concavidades de las peñas, yendo á extinguirse allá léjos, muy léjos, en el último confin del horizonte...

Parecia recordar al hombre que su primer deber es prosternarse ante aquel sol, símbolo de un sol eterno, que vuelve todos los dias á darle calor y vida sin discrepar un solo instante en su prefijada carrera.

Todas las puertas se abrian simultáneamente, por todas partes se asomaban entre los árboles, rostros rientes y sonrosados.

La campana habia exhalado su último suspiro; todos los fieles habian entrado ya en la iglesia; pero en el ángulo opuesto veíase asomar un grupo, formado de dos ancianos y una mujer, jóven todavía.

Esta daba el brazo á la anciana, que debia ser su madre; el padre venia detrás. Iba apoyado en su baston; pero aunque cubrían su frente venerables canas, su cabeza todavía estaba erguida y tersas sus mejillas. Una dulce sonrisa entreabria sus labios, y á veces sacudia orgullosamente su baston á derecha é izquierda como si saludase á los arbutos, á las peñas salientes, á las fuentecillas, que habian sido los amigos de su primera infancia.

¡Hay tanta alegría encerrada en un rayo de sol de Mayo, que hasta la decrepita ancianidad se galvaniza á su contacto! De vez en cuando sus miradas, llenas de un amor sublime se fijaban en las dos personas que marchaban delante de él, y las envolvian á las dos en la misma benévola sonrisa.

La anciana estaba mas agobiada bajo el peso de los años. Escasas hebras de plata asomaban debajo de su mantilla, sus ojos despedian un brillo amortiguado, su barba puntiaguda tocaba casi al extremo inferior del pecho, y á cada paso que daba se crispaba convulsivamente alrededor del brazo de la jóven, con ese pueril temor de la ancianidad que por do quiera vé un peligro. Con la mano izquierda

apretaba contra su pecho el libro de oraciones, como si fuese el escudo que debiese protegerla.

Y no obstante, era inexcusable su temor, por cuanto lo que era su sosten, examinaba el camino con una escrupulosidad prolija, procurando salvar las piedras salientes, deteniéndose delante de la mas pequeña hendidura, adaptando su paso al tardo paso de la anciana.

La jóven no era bonita, pero una aureola celeste parecia rodear su frente. Era una buena y santa hija, que habia renunciado á todos los placeres, para ser el ángel de la guarda de sus ancianos padres: ¿es acaso necesario decir mas para enaltecer sus virtudes, para demostrar que era la oveja predilecta del rebaño de Jesucristo?

¡Oh, sublime amor filial! ¡Oh sentimiento divino, tanto mas inapreciable, cuanto la naturaleza encadena los seres del porvenir y el que vuelva atrás sus miradas, necesita por auxiliar de su virtud al heroismo!

Pero aquella débil anciana lo habia tenido para sus padres, ¿qué mucho pues que lo encontrase en su hija? ¡Ah, ella tambien habia sido jóven y alegre! Habian pasado sesenta años, desde los bellos dias en que atravesaba aquella misma plaza, radiante de juventud y de hermosura, ostentando con inocente orgullo sus galas, respirando amor con todos los seres de la naturaleza. Entonces no temia como ahora los montoncitos de musgo, las salientes piedrecillas. Marchaba con paso ligero, con la frente erguida, con la mirada triunfante. Todos aquellos árboles, todas aquellas peñas habian sido testigos de su gloria; pero tambien habian sido testigos de su sumision respetuosa á sus padres, de su filial cariño, y por esto, ahora que la encorbaba la ruda mano del tiempo, hallaba un brazo amigo, al cual sirve una dulce mirada que velase su sueño, un corazon amante que palpitase por ella!... Habia guardado intacta durante ochenta años, el arca de las virtudes domésticas, de las sacrosantas creencias, la habia trasmitido intacta á su hija, y ahora que como el náufrago tocaba ya á la orilla salvadora, podia extasiarse á la vista del risueño panorama que se ofrecia á sus ojos, extasiarse sin temor con la idea de la eternal morada que se habia labrado piedra por piedra con sus virtudes y en donde debia hallar paz y reposo.

¡No se inquietaba por su hija! habia sido buena y Dios la haria dichosa.

Marchaban los tres tan lentamente, que cuando llegaron á la iglesia, la campana convocaba ya á los fieles para una segunda misa.

Un pobre ciego estaba sentado á la puerta.

—Una limosna por amor de Dios, decia con voz lastimera.

La anciana se detuvo, sacó trabajosamente de su faltriquera un enorme bolsillo, y se lo dió á su hija.

La habia acostumbrado desde la infancia, á ser la dulce intermediaria entre ella y los aflijidos.

—No sois del pueblo? preguntó la jóven poniendo una moneda de plata en la mano del pobre ciego.

—¡Oh sí, dijo este, pero hace cuarenta años que le abandoné, para ir á establecerme en la córte.

—Quién sois? preguntó el viejo que llegaba á la sazón.

—¡Ay, exclamó dolorosamente el ciego, mis antepasados eran los señores de este pueblo, mis padres poseian la mitad de estas cercanías, y yo pido limosna!

—Don Tomás! exclamó la anciana.

—Don Tomás, repuso el ciego bajando la cabeza.

—Hay un sitio desocupado junto á nuestro hogar, dijo apresuradamente el viejo, mi hermano acaba de morir, ¿quereis reemplazarlo?

El ciego no respondió; pero dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Cuando los dos ancianos y la jóven regresaron á su casa, llevaron casi en triunfo á un nuevo individuo de su familia.

En aquella mansion todo era viejo: desde los criados octogenarios, hasta los muebles y las cortinas, hasta el fiel mastin que dormia al sol, esperando la vuelta de sus amos; pero todo estaba limpio, todo en órden, todo ofreciendo la grata imagen de la paz y la abundancia.

La jóven sentó á su madre en una ancha poltrona de cuero, y puso en sus manos la rueca cubierta de blanca lana.

Ella bajó á la cocina, al establo, al jardin, dando mil órdenes, velando sobre todas las cosas.

Los criados, tan activos como ella, á pesar de sus años, iban y venian y en un instante estuvo puesta la mesa.

No obstante, el almuerzo fué triste: los ancianos hubieran querido participar de las desgracias de su nuevo amigo; este hubiera querido abrirles su corazon, y sin embargo nadie se atrevia á tomar la palabra.

Por fin, cuando se levantaron los manteles y desaparecieron los criados, el ciego exclamó con doloroso acento, cojiendo las manos de la jóven.

—¡Oh, bendita seas, mujer, que honras á la ancianidad, que sacrificas tu juventud á ser el sostén de aquellos que te dieron su sangre, que te colmaron de caricias en la cuna, que te transmitieron todo el fuego de su corazon, que vivieron durante tantos años con tu misma vida!

¡Dichosa tú, que has vejetado siempre en este escondido asilo de las puras costumbres antiguas, de los hábitos patriarcales, y no has tenido que luchar con el funesto ejemplo de las modernas costumbres! ¡Dichosa tú, que has podido siempre mirarte en el terso espejo de tu madre, y no has tenido mas idea que la de seguir sus santas huellas!

¡Ah, no traspases nunca el círculo de estas montañas! ah! no pongas jamás el pié en ese horrible *pandemonium*, donde se discuten las virtudes, donde cada uno tiene el derecho de forjarse una moral á su antojo, donde los hombres, mas ciegos que yo, no aciertan á divisar ninguna luz entre las tinieblas que los cercan.

Allí á fuerza de analizar, á fuerza de discutir, no se sabe ya donde principia el bien, donde termina el mal: vicios y virtudes son nombres, cuyo

verdadero significado es un enigma. La virtud, graduada á veces de necedad, á veces de hipocresía, ya no se atreve á ostentarse y con frecuencia, llena de rubor, pide prestados sus atavíos al vicio. Como el gastrónomo cuyo gastado paladar ya no distingue los sabores, el hombre de la sociedad moderna, ya no sabe lo que es bueno, ya no sabe lo que es justo.

La desdicha no está en que practique el mal, sino en que no sepa definirlo. Ha abatido piedra por piedra el edificio social y no acierta á reedificarlo. La familia se vá disolviendo, y con ella se disolverán las naciones. Los padres ignoran lo que deben á sus hijos, los esposos á sus esposas, los amigos á sus amigos. La probidad es sinónimo de estupidez, no se sabe lo que constituye el honor.

Figuraos por un momento un salon atestado de ciegos, en el cual resonase de improviso el grito de *fuego, fuego*; figuraos como entregados á un pánico tan terrible, pugnarian todos por salir, atropellándose, hiriéndose, despedazándose, hasta que dando vueltas como insensatos, obstruyendo con su misma confusion la salida, acabarían por morir ahogados antes que las llamas los alcanzasen; figuraos todo esto, y os figurareis el verdadero estado de la actual sociedad.

Se siente abrasada por una ambicion de felicidad inmensa; pero ha perdido el norte que la guiaba: no sabe á donde dirigir sus pasos, no sabe lo que quiere; vá y viene sin objeto, dá vueltas sobre sí misma, y cuanto mas gira, cuanto mas se afana, mas pierde el anhelado centro.

Las ideas nacen y mueren con una rapidez increíble; cada dia al despuntar el sol, los hombres se ven obligados á preguntarse mutuamente: *qué se piensa? qué es lo que se debe pensar?* Y al tenor de la respuesta deshacen el trabajo de la víspera, verdadera tela de Penélope, que no tendrá término nunca.

Seria preciso un nuevo diluvio para purificar á la tierra de sus vicios; seria necesario que bajase de nuevo el Hombre Dios, para separar la luz de la sombra, para marcar con sus divinas huellas el camino que conduce al cielo. Todo esto seria preciso para que la sociedad se detuviese al borde del abismo próximo á tragarla.

Y no obstante, yo que os hablo así, yo tambien he puesto mi débil piqueta para derrumbar el salvador edificio, y ha sido preciso que perdiese la luz de los ojos para recobrar los ojos de mi alma.

Porque, ¿sabeis cual es el verdadero origen de esa disolucion de las costumbres?

Es que el amor filial se ha extinguido; es que el niño además de no respetar á Dios, tal vez en su consecuencia no respeta á sus padres, y el que no baja sumiso la frente ante la mirada de sus mayores, será con el tiempo un mal esposo, un falso amigo, un malévolo ciudadano, un hombre sin honor.

Si en un instrumento de música se desafina una cuerda, destruye la armonía de las demás. Si en el corazon del hombre no hay una fibra que se estremezca al eco de la voz paterna, podeis deducir

desde luego que no responderá á ningun noble sentimiento. El amor filial es la primera, la mas preconizada de todas las virtudes. Los antiguos levantaron un altar á los dos niños que sucumbieron de fatiga bajo el carro de su madre, el cristianismo consagra un dulce culto á los modelos de filial cariño, y Jesucristo nos demostró toda su inmensa trascendencia bajando la cabeza ante las tiernas reconvenciones de su madre. En vano tratareis de elevar la cúpula de un edificio, si no poneis la primera piedra de su base. En vano os esforzareis en enseñar al hombre sus deberes sociales, filósofos, teólogos y moralistas, si no le enseñais antes todos sus deberes de familia, si no le enseñais antes á hincarse de hinojos para venerar á la ancianidad que ha asentado su trono junto al hogar doméstico. Si son grandes los deberes de los padres, grandes son los deberes de los hijos; y el que vé correr una lágrima por la arrugada mejilla de los que le dieron la existencia y no corre á enjugarla con sus besos, se le debe considerar como el mas malvado entre los malvados, y desterrarle para siempre del seno de la sociedad como á un individuo inútil y pernicioso!

Pero escuchad mi historia.

Tenia ocho años cuando mis padres me llevaron á Madrid y me pusieron en un colegio. Allí aprendí á desflorar todas las ciencias; allí adquirí el saber que sobreescita la imaginacion y no ilustra el entendimiento; allí me enseñaron ese funesto análisis de todas las cosas que seca el alma y mata las creencias. Pusieron en mis débiles manos un escalpelo, para que fuese separando fibra por fibra todas las que componen el corazon humano, y un grosero crisol para que depurase la parte que hay de materia en todas las producciones de la naturaleza. Me enseñaron á aprisionar el rayo, pero no me dijeron que Dios forja ese rayo para purificar la atmósfera, y que si consiente en transmitir su poder al hombre, es solo para mostrarle la multiplicacion de sus portentos.

Me enseñaron cuales eran las partículas que concurrían á la formacion de los elementos; pero no me hicieron percibir esa armonía dimanada del sagrario del Eterno, que es el alma de la naturaleza, y que revela al alma del hombre que existe un Creador omnipotente. No: nada de esto me enseñaron. Sustituyeron los nombres de caridad y amor con los de deber y fria razon: no me prescribieron que respetase á mis padres, á los superiores, á los desgraciados, sino en cuanto no se opusiera á mi propio interés y á mi egoismo.

Poco á poco el santuario de mis primeros años, la venerable casa en donde habian vivido mis antepasados con sus espaciosos salones, sus retratos de familia, su sombría alameda, perdieron para mí sus atractivos.

Ya no recordaba con santo respeto las blancas cabezas de mis padres; ya no me estremecía de placer al recordar su bendicion cotidiana.

Y no obstante, ellos todo lo habian sacrificado á mi bien; ellos habian ido á establecerse en la capital para velar mas de cerca sobre su tesoro, y se

habian privado por su amor hasta del inefable consuelo de verle crecer á sus ojos y recibir sus caricias.

Yo creí de buena fé que con esto solo cumplian su deber, y cuando salí del colegio, desvanecido con mi instruccion acojia con burlona sonrisa cada uno de sus consejos, cada uno de sus mandatos. Los consideraba como instrumentos rotos, que debian hacinarse en un rincon y relegarse al olvido. Quise gozar de una libertad absoluta; quise gozar de todos los insensatos placeres, que me parecian el legítimo patrimonio de la juventud y de un espíritu independiente. Sus consejos me enojaban; hasta sus amantes caricias me aburrían.

Los dejaba solos el uno en frente del otro en las largas veladas del invierno, sumidos en la tristeza y haciendo votos de felicidad por el ingrato que los abandonaba.

Mi madre enfermó y fué postrándose gradualmente, sin que yo me apercibiera de su estado. Cuando mis amigos me preguntaban por ella, respondia sonriendo: *achaques de la vejez*. Una noche, mientras me entregaba á los desórdenes de la crápula, me avisaron que estaba espirando.

Cuando llegué, medio ebrio, junto á su lecho, la moribunda recogió todas sus fuerzas para fijar en mí una postrer mirada henchida de ese amor sublime, único verdadero, único constante que nos es fiel hasta en las desgracias, hasta en el crimen: pero no pudo bendecirme.

Aunque mi padre quedó solo, no varié de conducta.

Preso en las redes de una desvengonzada mozoela, me casé con ella.

Mi padre no quiso aprobar mi casamiento y se retiró á estas breñas, en donde rendido á su pesadumbre murió al poco tiempo.

No sé si asomó alguna lágrima vergonzante á mis pupilas. Habia aprendido que el hombre, segun la ley de la naturaleza, es un ser como otro cualquiera, que cumple su fin naciendo, viviendo y muriendo, y apenas dá mas importancia á este suceso, que al derrumbamiento de una encina falta ya de sávia para reproducirse.

¡Ah! prosiguió el ciego tras una breve pausa con una amarga sonrisa; fortuna que el cielo piadoso ha arrebatado la luz á mis pupilas, porque sino buscaria en vano mi casa señorial y no la hallaria. Demolí hasta la última piedra, arranqué de raiz todos los árboles que habian prestado su benéfica sombra á mis antepasados; no dejé ni una sola flor, ni un solo recuerdo. Era preciso que todo se hiciera á mi imagen, á la imagen de mi siglo. Reemplazé los sólidos murallones por paredes de medianería, y adorné mi nueva casa con muebles, que solo tenían de suntuosos la apariencia. Si todo esto duraba tanto como yo mismo, ¿qué me importaba lo demás?

Habia aprendido de mis amigos de orgía que la mujer, instrumento de placer, podria considerársela en su acepcion mas sublime, como un dije de salon.

Por lo tanto cuando me casé, solo atendí á mi

capricho, y ella fué completamente digna del móvil que me impulsó á elegirla, tuvimos muchos hijos, y como es natural los educamos á nuestra semejanza.

Cuando balbucearon la primera palabra, empezaron á tutearnos: á los ocho años discutian con nosotros cuales eran los preceptos que debian seguir ó rechazar, aprobaban ó desaprobaban la eleccion de los maestros, y era preciso someter á su tribunal el por qué de todas las cosas. Y á los quince enarbolaban la bandera de libertad absoluta: á los veinte estaban hastiados de los placeres y encañados en los vicios.

Yo que tascaba el duro yugo de la mujer, que habia elegido para adorno de mi salon, consentí, en una grave enfermedad que tuve, á hacerla una carta dotal que representaba casi la totalidad de mis bienes.

Pero Dios no quiso que fuese yo el que muriese, sino mi mujer. Ella era la menos culpable de los dos, y su copa debia ser menos amarga que la mia.

De resultas de mi penosa enfermedad, habia perdido la vista, y caí en un profundo abatimiento. Mis hijos, tuvieron paciencia para esperar que yo agotase todos mis propios recursos en subvenir á sus caprichos; luego me arrastraron ante los tribunales para exigirme el dote de su madre, y como una manada de tigres hambrientos, se lo repartieron entre sí, no dejándome ni siquiera las migajas...

—Soy ciego y pido limosna! hé aquí mi historia.

Un triste silencio acojió estas palabras: todos lloraban. La jóven se habia deslizado de rodillas, y ocultaba la cabeza en el seno de su madre.

El viejo elevaba sus trémulas manos al cielo, y le daba gracias, por haberle concedido aquel ángel consolador, aquel báculo sosten de sus cansados pasos.

—¡Ah, repuso el ciego entre sollozos, yo no quiero que la justa maldicion de mis padres, pese sobre mis hijos, no lo quiero! Mis padres obraron mal por imprevision; yo por ingratitud y por orgullo, y debo sufrir las consecuencias de mi falta! ¿Si sembré cizaña, pude esperar que floreciera el útil trigo? No! yo encorvo la frente, y pido misericordia para mí, misericordia para aquellos que escarnecieron las canas de sus padres, sin preveer, que el tiempo blanquearía sus cabellos, y serán á su vez, objeto de burla y vilipendio.

Por esto, para expiar sus faltas y las mias he venido á este sitio, en donde todo me atormenta recordándome mi pasada grandeza, y mi presente horrible desventura.

Cuando hace dos años, yo visité á Molinedo, tambien brillaba en el cielo el hermoso sol de Mayo. Conocí á aquella virtuosa familia, tal cual la he descrito, dirigiéndose á la iglesia al rayar el alba, para ofrecer á Dios el puro incienso de sus virtudes.

La jóven habia redoblado su filial cariño, cuidando con piadosa solicitud á sus decrepitos padres

y al infeliz Don Tomás, y obstinándose en no dar su mano al hombre á quien amaba, hasta que aquellos tres queridos seres bajasen tranquilamente á la tumba.

Ella misma me refirió el precedente episodio de sus impresiones, grabado con caracteres indelebles en su imaginacion, y repitiéndome con entusiasmo el precepto del Divino Legislador de las virtudes: *Honra á tu padre y á tu madre, para que tú tambien seas honrado sobre la tierra. Adóralos, porque su bendicion es la única tabla salvadora, sobre la cual podemos atravesar seguros el borrascoso golfo de la vida!*

ANGELA GRASSI.

Una cacería en el Líbano.

Los últimos reflejos del sol venian á extinguirse en las ventanas del palacio del Emir Ben-Martoum cubriendo toda la fachada con un manto de oscuridad.

Solamente en el zenit del cielo, las estrellas abrian y cerraban sus brillantes ojos sobre el azul sombrío de una noche sin luna.

—A dormir, dijo el príncipe, mañana será ruda y penosa la jornada. El sueño es el padre de la salud.

Un sirviente jóven que esperaba echado sobre la estera delante de la puerta, se levantó y me condujo á un kiosko donde habian establecido mis cuarteles.

Es la caza ocupacion magnífica y comprendo que los príncipes gusten de este noble simulacro de la guerra. En la cacería despliegan con libertad su valor, su esplendidez y su elegancia. Despues de Nemrod, casi todos los reyes en todos los siglos y en todos los pueblos, han hecho de la caza uno de sus pasatiempos favoritos y á veces uno de los atributos de su soberanía.

Al abrir mi puerta por la mañana, hallé el corral lleno de ruido, de movimiento, de animacion y vida. Los palafreneros tenian en sus manos las riendas de los caballos que relinchaban al aspirar el aire puro con las narices abiertas, enderezando sus orejas hácia adelante, golpeando la tierra con sus cascos y sacudiendo con bruscos movimientos del cuello, como racimos de frutas próximas á caer, las borlas que colgaban de los bocados. Varios sirvientes quedaban en la puerta de las perreras distribuyendo latigazos á los lebreles impacientes y á los de muestra mal sufridos.

Todo se parecia á las partidas de caza de los castillos feudales.

El colorido local estaba mas particularmente representado por tres halconeros de tez tostada, bajo el sol de la Ethiopia, con vestidos de veinte colores y turbantes de pelo de camello, llevando dos aves en la mano.

Pronto aparecieron las hijas del Emir montadas en caballos negros de pura raza, sobre cuya piel

lustrosa, suave y negra como el ébano, resaltaba la silla de terciopelo encarnado y la brida de escarlata. Las princesas vestian albornoz azul y el velo flotante de las mujeres de Oriente, que las envuelve como en una nube. Los caballos á la vez mansos y fogosos, cubrian de espumarajo plateado el pecho, echaban fuego por los ojos, y se violentaban al verse contenidos, orgullosos de conducir tan bella carga.

El mismo Emir pretendia hacer cierta ostentacion de magnificencia. Montaba sobre su mejor caballo, llevaba su mejor vestido y ceñia sus mejores armas.

Todos los de la partida se esmeraron en los trajes, arneses y arreos. Solo un druso que nos acompañaba afectó menosprecio, equipándose lo mismo que para una batalla. Cuando salió del corral saltando sobre el caballo, me pareció verdaderamente soberbio con su largo fusil de chispa adornado de abrazaderas de cobre; la culata incrustada en marfil de las fábricas de Aleppo, golpeándole las espaldas su albornoz que se entreabria, dejando brillar en la cintura los puños cincelados de dos yataganes, y el turbante druso haciendo resaltase mas su tez bronceada y torvo aspecto.

La comitiva se puso en marcha lentamente á la órden del Emir, por las sinuosidades de una montaña. Tan pronto nuestro acompañamiento desaparecia detrás de las rocas ó de los árboles, como se desplegaba sobre rampas estrechas, semejantes á unas bandas de vivos colores.

En el fondo de un risueño valle, descubrimos el castillo del Emir con sus cúpulas, azoteas y minaretes. Antes de llegar, una alondra salió de nuestros piés, trinando como el clarin de la diana y se remontó al cielo. Me eché la escopeta á la cara é hice el disparo del rey. El pájaro cayó á los piés de la hija mayor del Emir, cuyo caballo dió un bote sin peligro.

El druso Iman le cogió por la brida é inclinándose hácia ella dijo:

—Nada respetan estos extranjeros.

—¿Es acaso grande mal, repuse yo, matar una alondra?

—Quizás no lo sea á tus ojos de infiel, pero á los míos sí.

Mientras tanto, mi disparo habia puesto en accion á la comitiva. Los halcones empezaban á aletear en el puño de los halconeros y los perros alargaban la trahilla.

Nadie se dignó recoger el pájaro muerto y aun algunos volvian el rostro con horror.

—Habré cometido un crimen? Pregunté á la hija pequeña del Emir.

—Un crimen no, me contestó sonriéndose bajo su velo, pero sí una falta. La alondra es para los drusos ave sagrada á quien no se debe matar. Si nuestra caza es mala, se echará la culpa á vuestra alondra.

Bandadas de perdices rojas que pasaban á cada minuto por encima de nuestras cabezas, aseguraban claramente que si la caza era mala, seria culpa de los cazadores, no de las aves.

Llegamos por fin al pié de la montaña, orillas de un rio cubierto de adelfas. Uno de los diques de la acequia se habia roto cuando el deshielo de las nieves, y el agua se derramaba en vasta extension. Aquí y allí hazes de juncos marinos y de espesos enzarzados de plantas acuáticas, ofrecian á los pájaros esos impenetrables refugios, donde casi nunca puede el cazador sorprender su seguridad.

—Aquí la gente, exclamó el Emir en tono de mando.

Los halconeros se aproximaron con su falange de picos y uñas á pasar revista.

La hija del príncipe á quien éste confió la direccion de la caza propuso para avanzada un halcon de Rusia, blanco como la nieve de su país, con una mancha negra al extremo de sus grandes alas.

—Buena eleccion, dijo el Emir, y la aprobaria, si quisiéramos cazar perdices en la llanura; pero para laguna, mejor es éste.

Y nos mostró un halcon rojo, cuyas plumas pardas estaban salpicadas de manchitas de púrpura, de pico corvo, uñas aceradas, alto, fino, delgado y nervioso, que ofrecia extraño carácter de ligereza, fuerza y audacia. Así á este se le reservó el honor de la mas hermosa presa.

Otro halcon jóven, criado en casa del Emir que no habia visto aun un pájaro al aire libre, recibió la órden de estrenarse. Los demás entraron en el cuadro de reserva.

Mientras tanto, los picadores lanzaban al través de los cañaverales, dos perros de Creta, color gris con franjas plateadas, que empezaron á nadar soplando, cual si fueran focas marinas.

Hubo un momento de espera solemne; los pechos no palpitaban ya; cada cual tenia el alma en los ojos: las mujeres, como siempre, estaban mas conmovidas que los hombres.

Ellas prefieren y deben preferir á todas la caza del halcon, porque en ella se persigue mucho y se caza poco. Las presas apenas sangran y muchas veces van á morir bastante léjos, de modo que pueden dejar de mirarlas en el momento fatal de la agonía.

Muy luego vimos salir del agua un pájaro nuevecillo de vuelo pesado é incierto. ni siquiera probó á tomar aire tratando de huir como pudo al azar, con un movimiento débil y apresurado.

El halconero le desdeñó por enemigo pequeño; pero el Emir mandó que se dejara ver la pluma del halcon jóven. Aquel obedeció con aire contrariado.

Quita con celeridad la caperuza y el ave levanta la cabeza, tiende suavemente las alas, sacude un poco la fatiga, descubre al esparavan y se lanza contra él.

—Bien volado! gritaron de todas partes, bien volado!

En efecto, el aprendiz se portaba como maestro. Ganada la parte superior, se deslizó las alas extendidas, como sobre un plano inclinado. El fugitivo perdió la cabeza; veia á su enemigo; creia sentir ya su ávida garra; dió una vuelta desgraciada y precipitó él mismo su catástrofe.

Se oyeron dos gritos, uno de cólera, otro de angustia, despues las plumas volaron por el aire: el esparavan habia muerto.

Los despojos del vencido se abandonaron al vencedor: estas son las leyes de la guerra y de la caza.

Al ruido de la pelea, á los reiterados gritos de su pariente, se habia levantado otro esparavan de entre las grandes yerbas del pantano. Oyóse en seguida un vuelo pesado; pero apenas su cabeza pasó el nivel de las cañas, sorprendido por la vista de hombres, caballos y perros, aparentó renunciar al aire libre, se dejó caer y quiso recobrar su asilo en el fondo de la maleza y de los juncos que se balanceaban encima de las aguas.

No se queria que el pájaro hiciese cama. El Emir mandó disparar un tiro. El fugitivo reapareció desplegando sus anchos remos, estiró hácia atrás su largas patas y su largo cuello hizo *S* no permitió ver mas que la cabeza, cogió el viento y como si hubiese deseado perderse en el espacio indefinido, se remontaba mas y mas.

El momento era crítico, el Emir para esta segunda carrera, designó el halcon rojo. Sacado á la luz, permaneció un segundo inmóvil en la mano del picador, su mirada circular abarcaba el horizonte. El halconero le indicó con el dedo la masa que ondulaba en el zenit. Dá dos ó tres gritos de furor, bate el ala para asegurarse de su fuerza, abandonando la mano de que estaba pendiente, y despues de haber rasado dos veces el agua en dos dilatados circuitos, toma un partido y con vuelo estridente como el silbido de una bala, sube en direccion vertical.

El esparavan adivina el peligro, se remonta y gana una nube.

El halcon se dispone á seguirle.

Ambos en esta lucha de velocidad despleaban sus grandes recursos: los dos rivales eran dignos el uno del otro. Nada igualaba á la flexibilidad y fuerza de aquellas valientes aves: parecia que saltaban en una atmósfera elástica que les rechazaba, redoblando su potencia con cada empuje.

La vista mas perspicaz solo distinguia dos manchitas microscópicas que alternativamente, se juntaban, se separaban, volviéndose á encontrar y á huir.

De pronto las dos manchas se agrandaron; los dos puntos oscuros se aclararon; los dos pájaros cerrados en un estrecho núcleo se aproximaban á nosotros. El halcon se habia colocado sobre el esparavan. Las uñas de aquel cortaron á este el camino del cielo; entonces, para escapar ganó tierra. Las patas estiradas, el cuello alargado, la cabeza adelante, las alas medio replegadas, cayó al suelo, cual piedra abandonada á la accion de la gravedad. El halcon bien enseñado, echó su presa hácia nosotros.

Todas las miradas estaban fijas en el cielo. No perdiamos un movimiento. El halcon engañado por el esparavan en su primer ataque, caia sobre él como una flecha. El esparavan, sacando fuerzas de flaqueza hizo un rápido movimiento oblicuo. El halcon ayudado por el ardor y la impetuosidad pasó á veinte piés debajo del fugitivo. Este continuó en línea recta, devorando el espacio. De

repente por una brusca ascension, se halló el halcon á su altura y le cojió por el pecho. El esparavan irritado volvió ataque por ataque y dió un picotazo á su adversario en medio del ala. Cayó ensangrentada una pluma larga, y el halcon rodó dando vueltas, como pájaro á quién alcanza el plomo del cazador.

Lo que todos creiamos derrota, no era mas que un desvanecimiento. El intrépido luchador volvió en sí y contra el esparavan. No guardaban ya método, ni táctica los combatientes: era una persecucion loca, de cólera salvaje: los dos describian en el cielo órbitas inmensas; pero el esparavan estaba siempre dentro del círculo que el halcon trataba de estrechar. En fin, despues de mil vueltas y revueltas, aproximaciones y desvíos, el halcon tomó otra vez viento libre y se cernió un instante sobre su consternada víctima. El esparavan fué cogido entre las poderosas garras de su adversario y desgarrado por el pico cruel encorvado como una hoz. Ambos cayeron.... Despues para probar su fuerza, apenas hubieron tocado la tierra, se levantó de nuevo el halcon subiendo con el pico al esparavan, masa inerte, que aleteaba en las convulsiones de la agonia, la cabeza caída, el ala desplegada y su hermoso plumage de tintas azuladas, como la pizarra que se acaba de sacar de la cantera, salpicada de sangre.

El Emir cogió las plumas del ala y ofreció una á cada cual de sus hijas, quienes se las colocaron en su tocado á manera de garzota.

--Dejemos las adelfas, dijo el Emir, sus exhalaciones á medio dia son nocivas y en el fresco sueño que sobre nosotros derraman se respira la muerte.

Abandonamos la laguna y descubrimos una hermosa y dilatada llanura, rodeada por todas partes de montañas que formaban á su alrededor anfiteatro. Dos ejércitos podian dar allí batalla campal. Nosotros no dimos mas que un *djerio*.

Los juegos guerreros del *djerio* son la pasion de las razas orientales. Jamás vé un ginete árabe un espacio libre, sin que piense en hacer un *djerio*. Sus caballos lo saben muy bien. Desde que descubren el espacio libre, estos *bebedores de aire*, levantan al cielo sus ardientes narices, su ojo se inflama, y nada iguala á la vigorosa ligereza de sus movimientos, á la rapidez de su carrera.

Despues de una marcha al paso, nuestros beduinos vuelven hasta nosotros, nos cercan, se alejan otra vez para enlazarnos luego en órbitas sin fin, atravesando las filas, blandiendo las lanzas sobre nosotros, y á diez pasos en medio del empuje mas fogoso, detienen los caballos sobre los cuartos traseros, dan vueltas al galope con una presteza sin igual, ó bien, apoyando en tierra el hierro de sus lanzas trazan sobre la arena circunferencias regulares alrededor de su pica, en las que inscriben las figuras geométricas mas complicadas.

El grave Ismail no pudo resistir á la atraccion de estos juegos. Soltó las riendas, partió saltando, disparó al aire, cargó su fusil al galope, nos enseñó como se atraviesa un pecho con un dardo, como se corta una cabeza con el yatagan, y como, sin detener la carrera, se recoge este sangriento trofeo. Es-

DICIEMBRE.

tuvo verdaderamente admirable y las mujeres tenían razon en aplaudir cuando volvió hácia ellas, dando una vuelta repentina con su caballo blanco. Despues, aproximándose á la mayor de las hijas del Emir, cual se aproxima el caballero vencedor en la lid á la reina del torneo, con semblante á la vez sumiso é imperioso, la pidió como recompensa, la pluma de esparavan que llevaba á la cabeza.

--No te parece bien donde está? preguntó la odalisca sonriéndose.

--Me gustaria mucho mas aquí, contestó poniendo la mano en su turbante.

--No quisiera, replicó la jóven, exponerte á la cólera del bajá. Ya sabes que en todo el imperio, solo él tiene derecho á llevar sobre la frente la pluma del esparavan.

Mientras tanto, los ojeadores volvian hácia nosotros al galope de sus caballos, dando gritos y haciendo disparos de minuto en minuto.

Los perros de presa saltaban por los surcos de avena dando furiosos ladridos.

En medio de la yerba medio seca, vimos asomar cabecitas que parecian huir en todas direcciones.

Era un rebaño de gacelas rastreadas y dispersadas por nuestros perros.

--No es este el momento? preguntó el Emir volviéndose hácia el halconero.

Este por toda respuesta, hizo saltar la capucha de dos esmerejones con uñas de oro.

Las jóvenes se afianzaron sobre las sillas y los cazadores formamos un pequeño grupo cerrado.

La posicion estaba admirablemente elegida; ni un obstáculo para la carrera ni para el vuelo habia en aquella dilatada extension, en donde la vista lo abarcaba todo y en donde nada se oponia á la fuga ó á la persecucion. Tan solo una inmensa cuenca sin agua cambiaba bruscamente de direccion dos ó tres veces para dar á la lucha alguna peripecia.

La caza fué feliz, y muy pronto tomó un carácter de animacion extremada.

Las pobres gacelas no escapaban de las garras de un enemigo mas que para caer en las de otro: aquí el diente de los perros, mas allá el pico de las aves. Los halcones se extendian sobre ellas cubriéndolas con su sombra, y de repente se precipitaban con la velocidad del rayo clavándoles las garras en el cuello, se aferraban á su desgarrada piel, y muy luego bajo la terrible punta de sus engarbatados picos, saltaban aquellos grandes ojos de dulce mirada. La gacela vencida, caia para no volverse á levantar.

Muchas encontrando la línea oeste guardada por los ojeadores, se lanzaron hácia la otra extremidad de la llanura y saltaron con resolucion el torrente: Solo una gacela jóven asustada de la profundidad de la sima, se volvió hácia los cazadores. Los perros la acosaban por todos lados; el halcon blanco lanzado en su persecucion la habia dado alcance dos veces.

De dos saltos la gacela se halló entre nosotros.

Todos hicieron un movimiento para cogerla y matarla. Yo contuve á mi caballo. El halcon agi-

tando sus alas tan blancas que parecían luminosas y dando gritos breves y roncós, giraba sobre nuestras cabezas: los perros contenidos con trabajo por los picadores querían forzar nuestro círculo: las dos hijas del Emir juntando ámbas manos con muda elocuencia, contuvieron la ira de aves, perros y cazadores.

La pobre gacela se había agazapado entre las patas de mi caballo.

Saltar á tierra y cogerla en mis brazos, fué para mí obra de un instante. Iba á ofrecerla á la mas jóven, cuando el druso Iman, cuchillo en mano, puso la izquierda sobre el cuello de la gacela que volvió hácia mí sus ojos moribundos: yo contuve el golpe.

—Este no es juego limpio, dijo el druso sin dejar su puñal: no estamos aquí para salvar gacelas, sino para matarlas.

—Esta es mia, contesté, y no la matarás.

—Es de todos y la mataré.

Levantó su cuchillo.... las mujeres dieron un grito, y yo le mostré la boca de una pistola. Ambos nos miramos fijamente. El menor movimiento le hubiera costado la vida. La hija menor del Emir se interpuso entre nosotros diciendo:

—Abajo el puñal y abajo la pistola.

Ismael colocó el yatagan en su cintura y yo desmonté mi arma; despues con el pañuelo sujeté las cuatro patas de la gacela y entregándola á uno de los criados. dirigí una mirada á la princesa.

—La pongo bajo vuestra proteccion, añadí: ojalá pueda vivir largo tiempo cerca de vos.

Ella me miró y tocando con el dedo la culata de mi pistola, me dijo:

—Los europeos sois muy vivos.

La caza no tuvo otros accidentes; pero en el momento en que tomamos el camino de la montaña, distinguimos un jinete que bajaba hácia nosotros corriendo por entre los escarpados, como cualquier otro hubiera podido hacerlo en las llanuras. Nada detenia su furioso galope. Los mismos árabes, los árabes que nada temen á caballo, se maravillaban de tanta audacia.

—Por mi barba, exclamó el Emir, hé ahí un loco que va á romperse los huesos.

Para verle mejor hicimos alto.

Los arranques precipitados, de segundo en segundo, acortaban la distancia, pero no podíamos reconocerle.

—No sé quien pueda ser, dijo el Emir: no hay caballo igual en toda la montaña; y Gulhzana, de quien estoy tan orgulloso, continuó pasando la mano por la crin del noble animal que montaba, no seguiria á ese hijo del viento.

Entre tanto, el jinete continuaba aproximándose.

A veinte pasos de nosotros su caballo se paró de repente, inmóvil sobre las cuatro patas, como si sus delicados cascos se hubiesen clavado en el suelo. No eran ya un caballo y un caballero, era una estatua ecuestre tallada en mármol.

El jinete hizo un movimiento, separó los pliegues de la capa, echó atrás el capuchon y recono-

cimos en él á un peregrino que había estado con nosotros en el palacio la víspera. Tan humilde y tímido como nos pareció el día antes el peregrino, tan altivo y orgulloso se mostraba el jinete.

—Emir, dijo éste con sonrisa altanera; no he querido dejar el Líbano sin saludarte. He visitado tus dominios y son hermosos.... volveré á ellos. Tú, si alguna vez te aventuras á visitar el oasis del desierto del Tadmer, no olvides que yo pago siempre las deudas.

—Aga! exclamó el Emir llevando la mano á sus armas por un movimiento instintivo.

—Sí, respondió el jinete cruzando los brazos sobre su pecho; Aga que está hace un mes en la montaña.

El Emir se sonrojó de su violencia, poniendo la pistola en la cintura.

—A qué has venido?

—Ese es mi secreto, Emir. Alá os guarde.

El Aga volvió las riendas y desapareció.

—Qué es eso de Aga? pregunté yo maravillado.

—Un jefe de bandidos, ó poco menos, dijo el Emir, que viene aquí, segun me figuro, con no muy buenos fines.

—Entonces, ¿por qué no le habeis hecho detener por vuestra gente?

—Porque ha comido en mi casa el pan y la sal de la hospitalidad, y porque hoy es día de diversion para mi familia.

Así concluyó la partida de caza, volviendo todos á gozar la hospitalidad que el Emir nos ofrecía, con algo mas que pan negro y sal en grano.

BRUNO DEL BARCO.

LA FRANQUEZA LITERARIA.

A FABRICIO.

SATIRA.

Si en descrédito y mengua poner quieres
Tus escritos, Fabricio, vé anotando
Sobre ellos los diversos pareceres.

Yo seguí por tal via caminando,
Y mis obras mostraba entre temores,
A la moderacion siempre acatando;

Mas cojí espinas en lugar de flores,
Y hallé á la emulacion y á la injusticia
Sus sarcasmos vendiendo por favores:

Con torcida intencion y con malicia
Turbaron mi razon y mi contento,
Mi paciencia, mi gusto y mi pericia.

Una obrilla escogida dí á Sarmiento
Pidiendo á su criterio acrisolado
Su sentir, su opinion, su pensamiento:

Su mecanismo atiende, entrelazado,
Le dije, con sus formas y estructura;
Su animacion, su estilo sublimado:

Contempla su expresion y su blandura;

Y su tono esmerado y candoroso:

De su rima melíflua la dulzura:

En sus rasgos repara, y el meloso
Trabar de consonantes: en la estancia
La igualdad y el estilo cadencioso:

¿No penetras la gracia, la elegancia,
Con que van enlazados sus primores;
De la diccion la enérgica constancia?

¿No ves vagar al dios de los amores?
¿Mecerse el nardo y púdica azucena,
Y brillar de la rosa los colores?

Díme pues la verdad: si la hallas llena
De la grata expresion que en mi delirio
Le tributó mi entonacion amena.

En ella imito á Horacio ó á Virgilio;
De Byron y Shakespeare, tambien campea
La fuerza y la belleza; y de Polibio

El ardimiento y el vigor se emplea.
¿Qué pintura te agrada y arrebatada?
¿Qué descripcion tu mente mas recrea?

Mas ya te escucho: de tu ciencia lata
Pronuncias con acento soberano
El parecer que tu razon relata.

Tu opinion me sublima altivo y vano;
A mi obrilla por ella reverencio
Cual producto del sabio Mantuano.

No es épica tu obra, ni á Terencio
Debes, (dices) su accion: mas su artificio
Es digno de un fragante y puro incencio.

En toda su extension se increpa al vicio,
Sigues diciendo; y es un fiel espejo
Que refleja el buen gusto y el juicio.

Empero atiende; escucha mi consejo:
Muda su construccion y su aparato,
Para que corra con mayor gracejo.

¡Un *en* en vez de un *de*! ¡sentido ingrato!
¡*Es ido*! locucion falsa, enredosa!
¡Roja sangre! le quita su boato.

Este es pues tu sentir: con faz capciosa
Le tributé las gracias que debia
Al notar su intencion artificiosa.

En seguida Sempronio aparecia,
Mi consocio, mi amigo y compañero,
Al que Apolo su númen concedia.

Ven, le dije, Sempronio; el verdadero
Producto de mi musa placentera
Examina con ánimo severo.

Es una inspiracion libre, sincera,
De Erato ó Calíope; en su arrogancia
De Ercilla es una efigie verdadera.

Díme tu parecer, y sin jactancia
Lo acataré cual célico modelo,
Pues así lo previene tu elegancia.

¿Y qué, del manuscrito con recelo
Pasas hojas, que miras con desvío,
Sin atencion, contemplacion ó celo?

¿No te para su noble señorío,
Y el conjunto apacible y placentero
De su expresivo tono y de su brío?

¿No ves el aparato lisonjero,
Comparaciones bellas y flamantes,
Y un númen poderoso y altanero?

¿Con equívocas frases y punzantes

Mi composicion tachan tus razones

Que yo tracé con cláusulas brillantes?

¿Qué encuentras en mis métricos renglones?
A tu imaginacion qué se presenta?

¿Qué ves en mis insignes concepciones?
¿Nada, nada te place? ¿Se sustenta

Como un ceston de nimias necesidades
Cuanto en mi pobre escrito se comenta?

La repruebas. ¿Son necias liviandades
Sus giros y sus cuadros?... tristemente
Me asedien de las furias las maldades.

¡O turba pavorosa y maldiciente!
Arrebata mi triste y débil obra
Y húndela en el Cocito fieramente.

Pero no: no me humillo, que en mí sobra
Espíritu y constancia á toda prueba,
Y he de ver si mi númen se recobra.

¿Mas no es aquel Jovino, que renueva
La apacible memoria en este dia
De su grata amistad á toda prueba?

Mira con tu saber y primacia,
Le dije, con tu tacto justo y fino,
Este trozo de clásica armonía:

Si no exalta tu mente y pecho dino,
Quedaré sumergido en la amargura
A que me ha conducido mi destino.

¿Pero te excusas? ¿Con mortal tristura
Y equívocas razones redundantes
Me niegas tu opinion gratuita ó dura?

Dices que en tu cabeza, delirantes
Y tristes embolismos ó alusiones
Tu razon debilitan incesantes:

Que hay timidez en todas tus acciones;
Que no puedes dictar una reforma,
Ni encumbrar acertadas perfecciones.

Tu disculpa me ofrece tacto y norma:
¿No hay otra solucion? no mas ensayo;
Tal es tu situacion; tal es tu forma.

Me despedí, Fabricio: el trueno, el rayo,
No hiera con mas fuerza y mas imperio,
No produce mas ruina y mas desmayo,

Que esa opinion mentida, ó el dicerio
Fruto de pareceres encontrados,
Hijos de un falso orgullo ó magisterio.

Sus obras solo ven entusiasmados
Y con predileccion, y sin cautela,
Esos censores sabios y encumbrados.

No existe otro interés: radiante vuela
Esa falsa ilusion que nunca ofrece
Ni buen amigo, ni acertada escuela.

El galardón se ofusca, desaparece
Con la sinceridad y la pureza:
Es raro el escritor que á otro encarece.

De tu mente destierra la largueza;
Y las obras que salgan de tu pluma
A exámen no las muestres con franqueza,

Pues el mérito ageno siempre abruma:
Ni las llesves con célica esperanza
A públicos certámenes, do en suma
Una sentencia justa no se alcanza.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

A UN AGUILA.

Tiende rápido el vuelo,
Cruza las nubes, reina de las aves;
Alta busca el cielo;
Ya que alejarte de la tierra sabes
Tregua no des á tu impaciente anhelo.

Cruzando la llanura,
Salvando el monte (que sus riscos baña
En el arroyo que á sus pies murmura)
La ruinoso cabaña
Y el réjio alcázar dominar procura.

El volcan encendido,
Que de su cráter irritado vierte
Con pavoroso ruido,
Llamas y destruccion y espanto y muerte,
No aminore tu vuelo sostenido.

La vigorosa pluma
De tus alas no empape en sus enojos
El mar con densa bruma,
Ni ofusquen, no, tus ojos
Sus verdes olas y nevada espuma.

Tiende, tiende tu vuelo
Sin que nada te arredre ni te asombre;
Deja que aquí en el suelo
Se agite siempre el hombre
En su mortal congoja y desconsuelo.

En vano por seguirte
El pensamiento sin cesar se afana;
Nadie puede impedirte
Que con las nubes de zafir y grana
Sola vayas y osada á confundirte.

Ante tanta grandeza
Tal vez una mirada dirigiendo
Al mundo, la flaqueza
De la insensata humanidad vas viendo,
Y te pasman su orgullo y su pobreza.

Tú ves en solo un dia,
En solo un hora, pueblos diferentes
Bullir en loca orgía
Los unos; y los otros impotentes
Sucumbir de dolor y de agonía.

Tú ves cubrir la sierra
Y el valle con sus huestes los tiranos,
Y en estúpida guerra
Combatir el hermano á sus hermanos,
Quemar sus trojes y asolar su tierra.

Tú ves que la criatura
Tras de un fantasma rápida se lanza,
Y lo poco que dura
El rayo de la fúlgida esperanza
Que nuestros ojos deslumbrar procura.

Tú ves como arrastramos
Esta vida insegura, este misterio
Que nunca sondeamos,

Y como caminamos
Sin querer, de la cuna al cementerio.

Tú ves, en fin, que loca
Hierve del hombre la abrasada frente,
Y que al abrir su boca
Con ánimo insolente
Tal vez de Dios la cólera provoca.

Lo ves y conturbada
Sigues alzando el atrevido vuelo,
Buscando una morada
Mas lejos de la nada
Que constituye el todo de este suelo.

Vuela, yo te despido
Con un suspiro que del alma sale;
Y el cielo sea servido
Que al morirme, conozca precavido
Lo que el volar hasta los cielos vale.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LETRILLA.

Al presumido elegante
que el cabello se ensortija
y su mayor gloria fija
en las gracias del semblante,
en llevar un limpio guante
y una reluciente bota,
dadle bellota.

Al agente de negocios
que sin temor á naufragios
inventa traidores agios
para embaucar á mil socios,
y que entretiene sus ocios
en ver los *primos* que explota,
dadle bellota.

Al marido que es mas blando
que viejo colchon de lana,
y en doméstica aduana
no vigila el contrabando,
á su mujer tolerando
que juegue al as y á la sota,
dadle bellota.

Al ciudadano ladino
que con la sed sempiterna
está loco en la taberna
trincando azumbres de vino,
y que al disputar sin tino
saca la cabeza rota,
dadle bellota.

Al escritor cabezudo
que por lucir se desvive,
y cien comedias escribe
sin desenlace y sin nudo,
sufriendo por tonto y rudo
cada noche una derrota,
dadle bellota.

Al que está en su juventud
del color de la amapola,
redondo como una bola,
sin amor, sin inquietud,
y que con buena salud
duerme como una marmota,
dadle bellota.

Al Simon que por su estrella
nació con piés de cangrejo,
y quiere su coche viejo
disparar como centella,
y aunque á todos atropella,
por las calles corre y trota,
dadle bellota.

Al estudiante zoquete
que por mas que se desvela
es el último en la escuela
y el primero en un banquete;
que cuanto mas se le apriete
mas su cacúmen se embota,
dadle bellota.

Al que gruñe y patalea
y á veces maldice y jura,
viendo que no se le cura
el mal que le hunde y le brea;
siempre que, rabiando, crea
curar el asma y la gota,
dadle bellota.

A quien no le gusten pollos,
ni truchas, ni butifarra,
ni fruto de higuera ó parra,
ni los quesos, ni los bollos,
y para evitar escollos
no prueba ni la compota,
qué habeis de darle?... bellota.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

UNA LECCION.

Cortando estaba un anciano
varias nacientes ortigas,
cuando preguntóle un niño
que acercado se le habia:
—Decidme, ¿por qué cortais
tan lozanas florecillas?
—Dejarlas, dijo el anciano,
cosa fácil me seria;
mas si quisiera arrancarlas
cuando estuviesen crecidas,
ellas, siempre traicioneras,
las manos me punzarian.
—Pues que son? pregunta el niño.
—Son el vicio esas ortigas,
y el vicio debe arrancarse
cuando se vé que principia.

José C. BRUNA.

EL CONEJO.

Pim.... pam.... óyense los tiros
de dos diestros cazadores,
y un ligero conejillo
por entre las plantas corre,
y así que libre se vé
de alcanzar las municiones
se para, y exclama así
entre angustias y dolores:
—Conejillo desgraciado,
¿cómo es que Dios no te acoje.
viéndote tan perseguido
por la maldad de los hombres?
Siempre detrás de nosotros!
Ah, pérfidos y traidores!
No teneis remordimientos?
La conciencia no os corroe?
¿Vuestros corazones duros
la voz del llanto no oyen?...
Dadme proteccion, Dios mio;
no permitais que este pobre
muera por dar un placer
á quien tu ley desconoce.—
Así espresó el conejillo
sus bien fundadas razones;
mas temiendo que vinieran
sus duros perseguidores,
con la prontitud del rayo
á la madriguera corre.
Pim.... pam.... nuevamente tiran
los airados cazadores;
mas nuevamente en el aire
se esparcen los perdigones,
que él pidió socorro á Dios,
y Dios ¿á quién no socorre?

José C. BRUNA.

REVISTA DE MADRID.

Recuerdo fúnebre.—Malos adivinos.—Profanacion
sepulcral.—Escenas domésticas.—Soledad de la
viudez.—Trompeta del juicio.—Los muertos entre
los vivos.—Amores de terciopelo.—La viuda de Pe-
pe.—Las tumbas.—Puches y buñuelos.—Madrid
convertido en lago y no de hadas.—Emociones en
un dia de lluvia.—Las mujeres y las piernas.—Las
mujeres y los paraguas.—Un átomo de filosofía.—
Mi actual ocupacion.—Casamiento.—Tristeza de la
córte.—Castigo de Faraon.

Dia primero: *dia de Difuntos.*

Descubrámonos las cabezas.

Triste es pensar en este dia, muy triste: como
que es el de la consagracion de los recuerdos.

Sin embargo, si los creadores del dia de Difun-
tos hubieran podido adivinar lo que en Madrid te-
nia que suceder, de fijo que lo suprimen del calen-
dario, dejando á la conciencia de cada uno la res-
ponsabilidad de sus propios actos.

En Madrid mas que un dia de recojimiento y de lágrimas, lo es de alegría y de holgorio.

Santo Dios! y qué de profanaciones se cometen!

Y lo que es este año, bien se han despachado á su gusto los hijos del oso y del madroño.

La ama de casa que á las dos de la tarde retenga aun á la sirvienta, puede considerarse como una mujer feliz.

No sé en lo que consistirá; pero el caso es que en todos los semblantes se vé pintada una alegría, una cosa tan inexplicable, como si se tratase ni mas ni menos de un cierto número de convidados á un baile, á quienes se les hubiera pasado la hora de cenar en él, y acudiesen solícitos á ver si aun alcanzaban.

¿Quién piensa en este dia en su padre, en su madre, en sus hermanos, en sus deudos ó en sus amigos? Nadie absolutamente.

Y sin embargo, ¿quién será aquella persona tan afortunada, que al estar hollando las modestas tumbas de un cementerio, pueda decir tranquilamente; ¡nadie hollará la de aquellos que me pertenecieron, porque todos me pertenecen aun!

Pero en Madrid la filosofía se reduce á una sola palabra: *á divertirse*.

¡Y qué diversiones! En Todos Santos á comer buches y buñuelos; en San Eugenio tragar bellotas y en las verbenas á masticar rosquillas.

Entrais en una casa, y despues de los cumplidos de ordenanza, entablais el diálogo siguiente con la señora, que es viuda.

—¿Sale V. esta tarde?

—Ay, no! mis recuerdos no me lo permiten.

—Recuerdos?

—Ignora V. que Pepe murió hace cinco meses? Qué bueno era!

—Efectivamente; pero eso no obsta para que salga V. de su reclusion.

—Ah, sin embargo! crea V. que no tengo gusto para nada. La soledad es lo único que me distrae.

—La soledad?

—Si señor; así pienso mas libremente en él.

—Pero, ni de noche sale V. un rato?

—No señor.

—Pues qué se hace V?

—Diez ó doce amigos tienen la bondad de acompañarme: se toca un poco el piano, se canta, se baila... es decir, tocan, cantan y bailan; porque para mí, todo acabó con mi Pepe: la existencia me es angustiosa. Si V. quiere honrarme con su asistencia, crea V. que tendré en ello una satisfaccion; aunque temo que participe V. sin querer de esta atmósfera de soledad, y por lo tanto de misantropía que reina en esta casa, desde que su dueño salió para no volver.

—Señora, la satisfaccion será mia y no pasaré en olvido su amable invitacion del...

—Hoy es un dia triste.

—Lo es.

—Por lo tanto, si V. quiere acompañarnos esta noche tendremos el gusto de cumplir juntos con esa antigua costumbre de comer buñuelos. Habrá poca gente, porque ya sabe V. mi inclinacion al re-

cojimiento; estaremos solo, quince ó veinte amigos.

—(Diantre! pues si esto es estar sola...) Pues hasta la noche.

—Hasta la noche, amigo mio.

Y al salir de esta *solitaria mansion*, pensais para vuestro capote:

—¡Quién le pudiera ir á contar al buen Pepe las tristezas que padece su mujer!

Y digo yo:

Si el dia de Todos Santos se pudiese ir á cierta hora de la noche á las puertas de los cementerios (de aquí por supuesto,) llamar á ellas, hacer levantar de sus tumbas como en el dia de juicio á cuantos en ella se albergasen; envolverlos en sus sudarios y decirles:—ea, cada uno á su casa!—qué de espectáculos no se verian! De fijo que la tercera parte, especialmente los casados, se volvieran á sus tumbas en coches de alquiler, para llegar mas pronto.

Habria escenas como estas ó parecidas á estas.

En una habitacion hay dos personas: la una es mujer; la otra hombre. Este se encuentra recostado muellemente en un canapé, mientras que ella se está arreglando un magnífico tocado frente á una luna de Venecia. El caballero cuenta sesenta y cinco años; tiene la cabeza como una cebolla y además un reuma que lo envejece cinco años, por lo mucho que le hace sufrir.

La dama rayará en los veinte y cinco; es hermosa como un ángel, fresca como una granada y dulce como un caramelo.

—¿Conque te parezco bien?

—Oh! sí, estás hermosísima.

—Cuánto te agradezco este obsequio! Era un vestido, que siempre habia anhelado tener! Lo voy á estrenar en el primer baile que se dé en palacio. Me llevarás?

—Allá veremos.

—Me amas mucho?

—Seria ridículo decirte que no, siendo tan hermosa como eres. Tú me has remozado el corazon treinta años.

—Ah! pues á mí me lo has envejecido, porque te amo con toda la gravedad del postrer amor. Y ahora que recuerdo, ¿has visto en casa de Madama Honorina aquel abrigo de terciopelo que acaban de traer de París? Y es el único que hay en Madrid. ¿Qué envidiada debe ser la que logre ponérselo!

—Tendrias gusto en llevarlo?

—Sí, si habia de ser para parecerte mas hermosa.

—Dentro de un instante lo tendrás aquí.

—Ah! qué diferencia de vida, á la que llevaba con mi marido! Y eso que le amaba; pero, ¿quién me hubiera dicho que habia de olvidarle tan pronto?

—Y por quién? por un viejo...

—No, no digas eso; si te falta la hermosura del cuerpo, en cambio tienes la del...

—(La del bolsillo!) grita entonces el difunto marido que ha estado oyendo el agio detrás de la puerta; y saliéndose por el balcon salta al tejado y huye despavorido al cementerio.

Otra escena.

Estamos en una habitacion muy bien amueblada. En el centro de ella una mesa con blanquísimos manteles, hace resaltar los negros vidrios de las vacías botellas. Una sola fuente de plata se ostenta en medio, con los sangrientos despojos de algunos destrozados buñuelos; veinte personas de ámbos sexos la rodean en toda su extension. Todos son jóvenes; una mujer preside la funcion; es la desconsolada viuda de Pepe.

—Teresa, que traigan mas puches.

—Puches no, buñuelos, gritan unos.

—Pues puches y buñuelos, añade la viuda.

—Bravo, bien.

—Señores, silencio, y brindo: porque dentro de ocho dias, estemos rodeando todos esta mesa, mas alegres si cabe, que hoy.

Quedais invitados.

—Bravo, bien.

—Que diga el motivo.

—Me lo reservo.

—Hoy está prohibida la reserva: es dia de divertirse.

—Sí, sí, que le diga.

—Es una sorpresa.

—Que venga ahora.

—Ocho dias, señores.

—Y si nos hemos muerto alguno?

—Tiene razon.

—Pues bien, ahí vá:

Dentro de ocho dias, quedais convidados á mi boda.

—Zape! y con quién?

—Con esta bellísima viuda.

—Bravo, bravo! dos viudos!

En esto, el marido difunto y la mujer difunta de los dos tórtolos que se casan, que han estado oyendo el *de profundis* que acaban de entonarles, se miran por un momento, se embozan en sus mortajas, se agarran del brazo y como cohetes se dirigen á sus nichos, para no presenciar la santificacion del dia de los muertos, que hacen los vivos en el mundo.

Si estas escenas os parecieren inverosímiles, desechad tal idea de vuestras mentes; y repasando hechos que hayais visto en el trascurso de vuestros años, decidnos si ante ellos es imposible verlos como estos.

Si nos fuera permitido escribir todo lo que hemos visto y sabemos....

Pero concluyamos con el dia de Difuntos en la coronada villa.

Este dia, como hemos dicho, es el destinado para dar un paseo á los cementerios. Estos están vestidos de gala con un exceso de lujo, que repruebo solemnemente.

Es el lujo del afecto.

Hay tumbas que se parecen á los monumentos de ciertos pueblos donde á fuerza de oropel, pretenden deslumbrar la vista, mejor que embargar el alma con una respetuosa sencillez.

Coronas de flores que parecen hechas para circundar las frentes de jóvenes bailarinas; lápidas mortuorias, blandones, urnas cinerarias con su cor-

respondiente letrero—*A mi adorado esposo*—(¡sarcasmo horrible! muchas veces:)—*A mi idolatrado padre*;—*A la mejor de las esposas, su inconsolable esposo*;—ó vice versa:—*Al mejor de los esposos, su inconsolable esposa*; ramos, flores, que sentarian mejor en la mano de alguna dama en un teatro ó en un baile, que sobre el búcaro de mármol de un sepulcro; lacayos con librea, velando seres que ni conocieron acaso, aunque los envíen sus allegados para que ya que no por el sentimiento que *demuestran*, por la librea que *muestran*, se sepa que allí descansa un grande de la tierra: ¡puerilidades y miserias de la vanidad humana! querer cubrir los repugnantes girones de la muerte, con unos cuantos bordados de una librea!

En fin, el caso es que á las dos de la tarde las calles se ven atestadas de gente, que en son alegre y bullicioso se dirigen á los cementerios, hasta la hora obligada de los puches y buñuelos. Allí no se oye otra cosa que esto:

—Mira, mira, ¡qué bonito que está ese!

—Pues y éste!

—Toma! y cuánto habrán costado las coronas! Ya teníamos con su precio para vivir seis dias!

—Pues este era *persona gorda*. Bah! tambien los ricos se mueren.

—Ay! qué lástima de chica! diez y siete años!

De qué se moriria?

—Toma! de qualquier cosa!

—¿Pues no digo nada este otro?

—Veinte años!

En esto se acerca un *pollo* al oido de la que está hablando, que es una niña pizpireta, y le dice con tono lúgubre:

—Ah! señorita! ese era amigo mio.

—Y de qué murió?

—De haberla visto á V. una sola vez.

—¡Lástima que no pudiera verme ahora.

—Por qué?

—Porque si se murió por haberme visto, justo es que pudiendo verme ahora, resucitara.

—No, porque me moriria yo entonces.

—Qué lástima!

En tanto ya ha oscurecido.

El estrépito y la algazara continúan sin novedad ninguna.

Los vivos acaban de suspender el tormento de los muertos hasta el entrante año.

En cambio, ya no se acuerdan mas que de olfatear los figones mas cercanos, para darse un atracón de pergamino frito en aceite, llamado buñuelos.

Las calles apestan á este líquido, que no puede ser otro que ese que venden en las boticas con el nombre de *aceite de resina ó aceite de ballena*.

Por todas partes se oye el *calentitos, calentitos*, y vamos echando y sacando pedazos de esta estopa con un cucharón de hierro, desde donde son trasladados al interior del zaquizamí donde ya los aguardan con su correspondiente botella de aguardiente, media ó una docena de gente alegre y gentil, que es como si dijéramos, gente de rompe y rasga.

En cambio, en las casas particulares, lo mismo

de alto que de bajo tono; se hacen ó mandan traer buñuelos y puches, y vamos viviendo; por supuesto, todo esto en honor de los muertos.

Los *puches* son unos pedazos de masa hechos con leche, que si se hacen bien, son pasables; pero si se hacen mal (como los hacen,) son una dosis de hipecacuana, soliman ó cosa parecida, capaz de reventar á un toro.

No sé como en dias así, no aumenta en Madrid la mortandad, tocante á *reventones*.

Por lo demás, el cielo no quiso ser menos en estos dias de solemnidades y abriendo sus cataratas nos regaló (y sigue regalando) tan benéfica lluvia, que mucho le agradeceríamos que suspendiese por algun tiempo sus húmedos beneficios. Porque estos dias son para mí y para no pocos, verdaderamente crueles. Vamos á demostrarlo.

En Madrid, un dia de lluvia, es un dia de gangas.

Empiecen ustedes por las calles. Estrechadas, torcidas, incómodas, con un empedrado como la dentadura de una vieja, á media vara de distancia cada adoquin y estos acabando en punta como los cuchillos; con unos pequeños pozos en todas direcciones, que bien podian servir para pesquerías; con sus aceras incómodas y mal perjeñadas; con unos canalones en los tejados, con tal habilidad puestos, que caen precisamente en medio de las aceras, y luego, con unos coches que atraviesan á todo escape por mitad de la calle, salpicando, atropellando, repeliendo á cuanto se les presenta por delante y tendreis una vaga idea de las gangas que esperan á los callejeros, sin contar otras cien calamidades.

Por ejemplo.

Un dia de lluvia es un dia de felicidad para la mitad de las mujeres de Madrid.

Y por qué? me direis.

Porque salen, se alzan el vestido, enseñan unos blanquísimos bajos, un pié deliciosamente calzado, una garganta de pierna aristocrática; una media blanca como un vellon de lana y.... y pare V. de contar.

La calle de la Montera es el gran centro de estas aventuras. En el momento que cesa de llover, empiezan á verse por aquí, por allá, por todas partes, piernas blancas que van dando saltitos, como una bandada de palomos extendidos en una pradera, aproximándose al ageno palomar. Los hombres, como es natural, se posesionan de las esquinas y cátete V. á las señoras mujeres en todo el goce de su piernística popularidad. A cada momento se oyen descargas cerradas de galanterías, que son recibidas con la mas seductora de las sonrisas.

—Ay! quien fuera zapato; dijo uno de estos dias un amigo nuestro á una elegante dama, que nos mostraba el pié mas diminuto que se fabricó en la China.

—Para qué? le contestó ella sin detenerse.

—Para calzar su pié de V.

Otra oimos tambien, entre las infinitas que no recordamos.

—¿Quién la calza á V. señora?

—Mis manos; le contestó ella con la mayor imperturbabilidad.

Pero aparte de estos pasatiempos, ¿qué de peligros no corre el que tiene que cruzar las calles para acudir á sus negocios?

Las viejas! esos seres parásitos á quienes la edad dá derecho para soplar una fresca al lucero del alba: las mujeres presuntuosas, que solo ven el sitio donde han de pisar para no enlodarse el dorso de sus botas nuevas; las que estrenan enaguas para lucirlas estos dias; las que necesitan ser vistas y las que no pretenden serlo, ¿en qué graves compromisos no ponen á sus pobres prójimos al deslizarse por las aceras en dias de semejante calaña? En primer lugar, cojen el vestido con la mano derecha, con la izquierda el paraguas y con los dientes la mantilla y.... aquí es ella! como no tienen mas movimiento que el de los piés, se deslizan como culebras codeando, empujando, y lo que es peor, enristrando el paraguas de tal manera, que van siendo un continuo peligro para los ojos de cuantos tienen la desgracia de encontrarse con ellas. Y poco les importa lo demás: disparadas como cohetes, ni escuchan galanterías, ni apóstrofes, ni sarcasmos, ni chistes: erre que erre con su paraguas en ristre.

Esta clase de mujeres es intolerable. En fin, detesto los dias de lluvia, como detestaria á una mujer fea que me diese calabazas.

Entre tanto aquí me teneis concretándome á sacar niños de pila, que si no es operacion divertida, por lo menos es curiosa.

Hace tres ó cuatro dias, dió la mujer de un amigo mio una robusta niña, que me designaron para ahijada. Tengo tan poca aficion á las criaturas, que solo la grande amistad que profeso á los padres de esta, pudo decidirme á ello. El caso es que fuí, (y por cierto que diluviaba), y entrando me pusieron en brazos aquel ser en embrion, el cual tuvo la amabilidad de no moverse hasta tanto que sintió caer sobre su cogote el agua, que le hizo poner el grito en el cielo. Yo no sé lo que me pareció al verme convertido en ama de cria, dándole suavemente golpecitos en la espalda para que callase, y atando un gorro del tamaño de una cáscara de nuez en aquella homeopática cabeza. En fin, el cura, despues de decirme que cuando fuera mayorcita tenia que enseñarla la doctrina, dió por terminado el acto, quedando la niña cristianada con los nombres de Encarnacion (que es el de su madrina) Blanca, Eugenia, Leopoldina.

Y vaya de matrimonios.

El 19 se verificó el enlace de la infanta Doña Cristina con el infante D. Sebastian. Presenciaron el acto los individuos de la real familia, los ministros, los grandes de España, los directores de las armas, la servidumbre de palacio, y otras personas invitadas al efecto.

La Reina vestia de blanco con un magnífico manto de encaje sobre viso verde, una diadema de brillantes en la cabeza y una sarta de perlas al cuello.

La infanta vestia de blanco y el infante de capitán general.

La infanta tiene veinte y siete años: es alta, gruesa, de fisonomía reposada, y tranquilo continente.

El infante tiene cuarenta y siete años. Es de estatura regular, mas bien bajo que alto, delgado, un poco cargado de un hombro y con una nube en el ojo izquierdo, si mal no recuerdo. Pero sus cualidades morales suplen á estos pequeños defectos físicos. Es excesivamente amable, franco, popular, y de un exquisito don de gentes. Su conversacion es sumamente amena é instructiva. Tiene un gran estudio de pintura, donde pasa muchas horas del dia pintando. En la exposicion he visto uno ó dos cuadros suyos, bastante regulares. El infante D. Sebastian es un verdadero artista.

Se ha dicho si tenia ó no idea de recibir algunos dias de la semana á los jóvenes que por su talento en las bellas artes y en las letras sean dignos de este honor. Mucho me alegraria.

De modas, bailes, banquetes ó saraos, absolutamente nada.

La sociedad de Madrid está muerta. Nadie habla de abrir sus salones, de dar soirés, ni de recibir á alma viviente.

La condesa del Montijo está de luto por la muerte de su hija la duquesa de Alba.

La condesa de la Patilla no dice esta boca es mia.

La condesa de Velle está eclipsada.

La condesa de San Isidro, no ha regresado aún.

Osma no da señales de vida.

Los embajadores inglés y francés, calculan seguramente que para bailes, ya tienen bastantes con las contradanzas de sus respectivas naciones.

En palacio, cero tambien. Se dice si el 29 de este habrá haile; pero lo dudo por hallarse la Reina embarazada. Si lo hay, iré y os prometo contaros lo bueno y malo que vea.

Por lo demás, nada de particular ocurre.

Las feas siguen á la órden del dia. Los teatros están siendo hace dias una exposicion de bichos raros. Creo positivamente que si en vez de las siete plagas con que Dios castigó á Faraon en Egipto, le suelta un centenar de estas mujeres, lo deja aterrado para toda su vida.

Dentro de algunos dias recibireis el prospecto de la obra que con el título de *Recuerdos de un viaje*, voy á publicar por entregas, bajo la proteccion del rey, desde el próximo Enero.

S. DE MOBELLAN.

LAS ESTRELLAS.

—¿Por qué siendo tan puras,
tan tímidas, tan bellas,
y siendo tan hermosa
su dulce claridad,
caminan por el cielo
las pálidas estrellas
buscando de la noche
la triste oscuridad?

DICIEMBRE.

—Honestas como el rayo
de tu gentil mirada,
tan castas como el fuego
de tu amoroso afán,
alumbran de la noche
la sombra sosegada
y en pudoroso brillo
sus resplandores dan.

—¿Qué son esas estrellas,
decid, que mi alma adora?
¿por qué yo miro tanto
su inquieto resplandor?
—Son lágrimas que el cielo
sobre la tierra llora.
—¿Son lágrimas de pena?
—Son lágrimas de amor.

José SELGAS.

Salones de Paris.

24 DE NOVIEMBRE.

Jorge Sand.—Su bautismo en el mundo literario.— Habitación de S. M. I. la Emperatriz de los Franceses en el palacio de las Tullerías.—El Museo de la belleza.—El barrio de los Campos Elíseos.—Una ópera de Rossini.—Lunas de miel.—Un hidalgo y una aldeana.—Consecuencias de un duelo.—Embelllecimiento de París.—La gratitud de un difunto.—Teatros.—Los bandidos del boulevard de los Italianos.—Receta para que las jóvenes no se queden sin pareja en los bailes.

Jorge Sand, la célebre novelista á quien tantas horas dulcemente ocupadas, tantos pensamientos y tantas esperanzas debeis, ha estado enferma estos últimos dias.

Los médicos y sus amigos temieron por algunos instantes perderla para siempre: la ansiedad de unos y otros era inmensa. El amor maternal ha podido mas que la fiebre y Jorge Sand ha entrado en su convalecencia. Sus hijos conservan todavía una amorosa madre, sus amigos la mas excelente de las mujeres, la Francia una de sus mayores glorias.

Ya que hemos recordado á la ilustre escritora, creemos que agradará á nuestras lectoras saber la historia del bautismo literario del autor de *Consuelo*, de *Indiana* y de tantas otras novelas conocidísimas en toda Europa.

Amantina Aurora Dupín se unió, siendo aun muy joven, con el baron Dudevant, militar retirado. De opuestos caracteres, ámbos esposos no tardaron en separarse y ella renunciando á su fortuna por su libertad se dirigió á París, donde no tardó en habitar en compañía de uno de sus amigos de la infancia, de Julio Sandeau, una pobre boardilla en el malecon de San Miguel.

Ambos jóvenes se hallaron sin recursos y recor-

daron que Enrique de Latouche su compatriota era director del *Figaro*, le escribieron dándole cuenta de su precaria situación.

Latouche los llamó, aconsejó á Sandeau que escribiese y Mme. Dudevant se comprometió sonriendo á ayudar á su jóven camarada.

Al volver á su mísera vivienda comenzaron á escribir un libro con el título de *Rosa y Blanca ó la Actriz y la Religiosa*.

Desde entonces adoptó Aurora el trage de hombre que despues ha usado casi siempre; hecha la primera obra y vendida por cuatrocientos francos, los dos jóvenes se pusieron á trabajar en otra nueva, en *Indiana*, que gracia á la pereza de Sandeau fué exclusivamente escrita por la baronesa Dudevant.

Al darse al público esta segunda novela surgió una dificultad, ¿con qué nombre firmarla? La primera, escrita por Julio Sandeau y por Aurora habia aparecido con el nombre de Julio Sand, pero la segunda que era exclusivamente de Aurora, no podia darse al público como producto de los dos.

Latouche salvó la dificultad.

—El apellido Sand, les dijo, es propiedad comun, ¿no es cierto?

—Si tal.

—Pues entonces buscad vos otro nombre y no hay cuestion. Tomad el calendario. ¿Qué santo es hoy?

—San Jorge. (Era el 23 de Abril).

—Pues bien, llamaos Jorge Sand.

Aceptada esta proposicion Latouche obsequió con un almuerzo á sus dos amigos para celebrar de este modo el bautismo literario de una mujer, que debia llegar á ser la primera novelista de Francia.

Nuestros lectores saben perfectamente que la Emperatriz de los Franceses, á su belleza y á su talento reúne el gusto mas delicado que puede darse.

Si no lo hubiera probado tantas veces, sus salones particulares del palacio de las Tullerías recientemente adornados bajo su direccion, serian bastantes para alcanzarla el doble título de soberana del buen gusto, de la elegancia, del lujo.

Lo primero que se encuentra en sus habitaciones es una pequeña antecámara, despues el salon de las damas de honor, los dos salones de recepcion y el gabinete particular, íntimo de S. M.

Los dos salones de recepcion son maravillosos. El primero llamado de las *Flores* es todo cuanto puede soñarse de mas brillante, de mas claro, de mas risueño: el fondo de la pintura es blanco, los arabescos de los lienzos y de las puertas están formados por rosas. Los muebles son dorados y su tapicería es de un fondo blanco y rosa cubierto de flores. Preciosas guirnaldas de flores rodean los espejos; forman los zócalos y las jambas, y muebles y adornos; todo del gusto de nuestra época forman un conjunto sumamente agradable. El techo y los lienzos de las paredes han sido ejecutados por Mr. Chaplin. Encima de las seis puertas, hay seis pinturas que representan las flores animadas.

El primer cuadro, la Rosa, representa la Aurora,

con los dedos rosados, precediendo al carro del sol y sembrando rosas á su paso.

El segundo, la Margarita, representa un grupo de ninfas y de amores: una de las ninfas, pregunta á una margarita si es amada poco, mucho, apasionadamente, ó nada, y se adivina que la flor la satisface con su respuesta.

En el tercer cuadro, la Nenúfar ó nínfea, se ven á las Náyades inquietadas por los Amores que recoge esta flor de una reputacion equívoca. Una jóven pastora, cándida, tímida, simboliza la violeta; algunas jóvenes acostadas sobre la yerba, la amapola y las florecillas azules de los campos y por último una ninfa extasiada que deshace una guirnalda de pensamientos, representa esta preciosa flor.

El techo ofrece á la vista una especie de Olimpo, donde solo son admitidas las mujeres, esas flores humanas, que sin dejar de ser flores dejan de ser humanas algunas veces. Las gracias sostienen un medallon con el busto de la emperatriz; las diosas de las bellas artes la rodean y le ofrecen los tributos de sus obras: Venus y el Amor dominan en la composicion; una Divinidad tiene en sus manos una cinta donde se lee este lema tomado del Cántico de los Cánticos: *Tu super gressares universas*; y por último los ángulos están adornados con preciosas guirnaldas de niños desnudos.

El salon que sigue al de los Flores no es tan brillante. Los muebles son de tapicería de Beauves azul cubierta con flores. El fondo de la sala es azulado, y encima de las seis puertas se ven rodeados de atributos seis medallones con los retratos de la condesa de Morny, la princesa Murat, la duquesa de Malakoff, la duquesa de Bassano, la de Cadore, y la condesa Walewska. El techo representa un cielo donde vuelan preciosísimos pájaros.

Esta oportuna idea de la emperatriz de colocar en su salon los retratos de sus seis mas hermosas amigas ha hecho concebir la de crear un *Museo de la belleza*. En él, á imitacion del que formó Luis de Baviera, se conservarian los retratos de todas las mujeres distinguidas por su belleza. Este pensamiento nos parece muy plausible y si se realizan y se admiten en este Museo mujeres de toda Europa, estamos seguros de que las graciosas andaluzas ocuparian un puesto de distincion en él. Por de pronto en el pequeño Museo de la emperatriz figura una andaluza: no hay que olvidar que la duquesa de Malakoff es nuestra bella compatriota la señorita de Paniega.

El barrio de los Campos Elíseos ha sufrido algunos cambios en los últimos dias. El duque de Casa Riera ha comprado en dos millones el palacio que Mr. Tould ha hecho construir en la calle del Oratorio. El príncipe de Hebin ha comprado por el mismo precio y en la misma calle otro palacio. Una rica familia mejicana ha pagado mas de medio millon por una magnífica casa construida cerca del Jardin de Invierno y se dice que el capitalista español Sr. Manzanedo vá á comprar el espléndido palacio de la malograda duquesa de Alba, para regalárselo á su hija.

En una de las casas mas aristocráticas de París

se ha cantado una ópera de las primeras que escribió Rossini *la Scala dileta Farza*. Esta ópera se estrenó en Venecia en 1812. Uno de los *amateurs* que tomaron parte en su ejecucion es justamente nieto del artista que cantó esta ópera en Venecia el año de su estreno.

Se preparan muchas lunas de miel y no nos extraña que aquí donde falta el sol, se busque la luna. No queremos ser indiscretos, hasta que la bendicion nupcial haga públicos los enlaces en ciernes, pero bien podemos hablar de uno ya consumado de una manera estraña.

Un hidalgo de Berri descendiente de una de las mas antiguas familias de la provincia se ha unido con la hija de su arrendatario. He aquí por qué. El arrendatario habia concebido el proyecto de expropiar á su amo por causa de utilidad privada. El hidalgo ignorando sus derechos vió amenazada su fortuna y para consolarse de una pérdida que creia segura, fijó sus ojos en una aldeana, hija de su terrible expropiador. La muchacha, con toda la fuerza de los diez y seis años se apasionó de su señor, éste la pidió en matrimonio, el padre se negó á concedérsela y hubo entonces que recurrir á los medios extraordinarios.

El hombre que queria arrebatarse su fortuna á su amo, no tuvo mas remedio que perder á su hija, la que á decir verdad ha salido gananciosa.

Mme. La.... á quien sienta muy bien el traje de señora, ha probado una vez mas, que una jóven bonita y amable, está tan bien bajo un corpiño de aldeana, como bajo una bata de terciopelo.

Los recién casados han venido á pasar el invierno á París.

En nuestro último artículo os hablamos de un duelo que habia tenido lugar entre un crítico y un autor dramático. Como complemento de aquella noticia, debemos decir que el crítico como autor de un bofetón, ha sido condenado á pagar doscientos francos; y el autor dramático como autor de una herida á ciento.

Como se vé, cuesta mas un bofetón que un pinchazo.

París aumenta su extension y su belleza. El Arco de la Estrella quedará dentro de una inmensa plaza, donde concluirán ocho espaciosos *boulevares* que abrazarán á París como otros tantos círculos.

El *square* del Conservatorio de artes y oficios, está casi concluido, y forma una hermosa plaza llena de árboles con dos fuentes y una elegante verja de mármol.

En cambio los precios de las casas aumentan, y dentro de poco no van á poder vivir en París mas que las familias millonarias.

Dias pasados pronunció el obispo de Poitiers en su catedral la oracion fúnebre de uno de los voluntarios pontificales, de M. Giquel, muerto segun sus noticias en el campo de batalla.

A los dos ó tres dias se presentó en su palacio una persona á darle gracias con la mas viva expresion por las alabanzas que habia tributado á la memoria del difunto.

Esta persona era el mismo M. Giquel.

El asombro del obispo fué extraordinario.

Los teatros ofrecen todos los dias novedades. En el Francés se representa *La Consideracion* con muy buen éxito. En el Vaudeville, cuando cesen las representaciones de *Redencion*, se pondrá en escena una comedia de Víctor Séjour. Mr. Amadeo Rolland ha leído al comité del teatro Francés un drama titulado: *Las vacaciones del Doctor*. Ronconi ha sido escriturado en el teatro Italiano, y en los demás teatros se preparan las Revistas de fin de año. Una de ellas se titulará: *El Tiro nacional*.

En el boulevard de los Italianos ha aparecido una banda de ladrones que tienen asustados á todos los vecinos. A un vendedor de tapones le han robado 15.000 francos; á un sastre 8.000; y por una rara coincidencia, la misma noche en que se hacian estos robos, se representaba en la Ópera cómica, cerca de las casas robadas, el *Fra-Diavolo*, cuyo protagonista es un capitán de bandidos.

Para concluir nuestro artículo de hoy, daremos á nuestras bellas lectoras una receta con cuyo uso no se quedarán nunca sin pareja en los bailes á donde concurren.

Nos la ha facilitado una jóven que la ha empleado muchas veces con buen éxito.

"La que quiera que la saquen á bailar, (nos ha dicho) no tiene mas que hacer que procurar ponerse cerca de un espejo. Nunca falta un jóven que se acerque á mirar si su corbata está bien puesta, si sus cabellos están alisados. La jóven debe entonces procurar que él comprenda que ha sido sorprendida su debilidad. Una sonrisa burlona sienta perfectamente á la jóven. Entonces el caballero, para librarse del ridículo, la primera idea que concibe es la de hacerla creer que si se ha acercado al espejo ha sido para verla, y con el fin de decírselo y de no contraer una enemiga la saca á bailar.

"Las mujeres que son débiles deben combatir siempre que encuentren que los hombres empleen las mismas armas que ellas."

Probad este sistema y no quedareis sin pareja, y nosotros nos comprometemos á bailar con vosotras hasta morir de cansancio.

JULIO.

EL MURCIELAGO ALEVOSO.

INVECTIVA.

Estaba Mirta bella
 Cierta noche formando en su aposento
 Con gracioso talento
 Una tierna cancion, y porque en ella
 Satisfacer á Delio meditaba,
 Que de su fé dudaba,
 Con vehemente expresion le encarecia
 El fuego que en su casto pecho ardia,

Y estando divertida,
Un murciélago fiero ¡suerte insana!
Entró por la ventana;
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente,
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó por recogellos.

Y Delio noticioso
Del caso, que en su daño había pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que había la cancion interrumpido
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumia,
Y así á la ave funesta maldecia:

— ¡Oh! mónstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Vision nocturna y grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria,
¿Qué tienes tú que hacer donde está el dia?

Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada dia al alba pura:
Y porque mi ventura interrumpiste
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.

La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
A las noches, se opongá á tu salida:
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.

La dueña melindrosa
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe:
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.

Y luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte, se retire, y se contenga,
Y bufe y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los piés apenas toque al suelo,

Mas luego recobrado
Y del primer horror convalecido,

El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra observe atento,
Y cada movimiento
Que en tí llegue á notar su perspicacia
Le provoque al asalto y le dé audacia.

En fin, sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga:
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces por lo alto.

Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad ó mas cordura.

Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar alcen el grito
Y te llamen *maldito!*
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan, y te ultrajen.

Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te arrimen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.

Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de agujones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
(De diversion y fiesta ya rendidos)
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.

Te puncen y te sajen,
Te hundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuelien,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.

Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones

Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori gori cantando,
Y en dos filas delante se compongan;
Y otros fingiendo voces lastimeras
Sigán de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar mas sucio y asqueroso.

Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía;
No sigas, caminante, presuroso
Hasta decir sobre esta losa fría:
„Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciera á Mirta bella.“ —

FR. DIEGO GONZALEZ.

REVISTA DE TEATROS.

BALON. *Deudas de la conciencia.*—PRINCIPAL.
Mackbeth.

La empresa del Balon, firme en su buen propósito de tener siempre una bomba en el aire, acaba de poner en escena el drama nuevo cuyo título va en el epígrafe; drama que venia precedido de una muy buena reputacion, y que presentaba además por garantía un nombre ventajosamente conocido en la república de las letras, el de D. Manuel Fernandez y Gonzalez; persona que si hasta ahora no se habia lanzado, que sepamos, á escribir para el teatro, lleva ya largamente ejercitada su pluma en el género de la novela histórica con general y creciente aplauso.

Muestras ha dado el autor en el drama que nos ocupa de que en este nuevo terreno no le ha abandonado su buen talento. Su obra se oye con gusto, porque está bien escrita, porque tiene una bella versificación, porque las situaciones están dibujadas con energía, porque la pasion, en fin, se presenta con vivísimo colorido; pero á vueltas de todo eso hallamos defectos graves en la conduccion del plan, y sobre todo en el pensamiento fundamental del drama.

Presentarémos nuestras razones, por si algo valen.

La accion se supone en el reinado de Carlos V. Doña Ana de Guzman, hija de un ilustre caballero andaluz, se habia prendado de un pobre estudiante, de esos que ganan su vida tañendo y cantando por calles y plazas. La desigualdad en la condicion de ámbos era un insuperable obstáculo para una union lejítima; pero en la dama pudo mas el amor que el deber, y fué madre.

El ilustre anciano, sospechando al cabo su deshonra, espía á los amantes, los sorprende; al separarlos con violencia cae mortalmente herido por la mano del infame seductor, y muere maldiciendo á ámbos. Lorenzo, que tal es el nombre del asesino, desaparece.

Han trascurrido muchos años.

Una mujer penitente es venerada en toda Sevilla por su virtud y por sus mortificaciones. Ella habita una ermita pobre situada en un soto inmediato á aquella ciudad. Ya se comprende que esta mujer es Doña Ana de Guzman, que por espacio de largos años ha rogado á Dios aleje de su frente la maldicion que sobre ella pesa. Pero su ruego ha sido vano hasta entonces. Dios no ha permitido que encuentre allí consuelo ni paz. Todavía le reserva otros dolores mas agudos aun. Vamos á verlo.

Poco despues del desgraciado accidente de que hicimos arriba mencion, Doña Ana habia dado á luz un hijo, que creciendo en edad llegó á ser otro D. Juan Tenorio en todo el esplendor de la maldad. Cuchilladas, muertes, raptos, resistencia á mano armada contra la justicia, desprecio de toda ley divina y humana: tal era la horrible historia de D. Juan de Lorenzana, al que, á falta de un apellido de familia, se le habia dado éste, compuesto de los nombres de sus padres, á saber, Lorenzo y Ana.

Acosado por el odio de sus convecinos, y deseoso además de buscar oro para proseguir en la senda de sus crímenes, el mozo habia partido al Perú con Francisco Pizarro, y acababa de tornar en el momento en que se supone comenzar la accion. Pero antes de partir se habia enamorado perdidamente de una jóven que gozaba de una alta posicion social; de la hija del asistente de Sevilla, hombre de condicion fiera y áspera, del que no habia que pensar accediese á una union que rechazarian con horror para sus hijas hombres de harta mas humilde esfera.

Hemos dicho que Lorenzana acaba de llegar, y sus primeros pasos se encaminan á la ermita de su madre. No es el amor filial el que allí lo conduce; es la exigencia de inquirir quien fué su padre. Necesita un apellido, ya que riquezas ha ganado, para pedir la mano de María. Doña Ana, sin embargo, se obstina en su silencio, dando lugar á las terribles recriminaciones de su desalmado hijo.

Pero Doña Ana averigua el nombre de la amada de su hijo y se estremece de horror. El asistente de Sevilla es el mismo Lorenzo el estudiante; D. Juan y María son hermanos. Fuerza le es á la

mujer penitente el abandonar su ermita para hacerse reconocer por su antiguo amante, para revelarle la existencia ignorada de aquel hijo suyo, para impedir á todo trance la consumacion de un nuevo y no menos espantoso crimen.

Entre tanto Lorenzana, ayudado de sus antiguos secuaces, pone fuego á Triana, á donde el asistente acude con su ronda; aprovechándose de lo cual D. Juan roba á su amada, á su propia hermana, y huye con ella. Vivamente perseguido, pregonada su cabeza, se refugia con María en un panteon. Allí está el sepulcro del asesinado padre de Doña Ana, la cual tambien sigue á los fugitivos, y tras ellos llega al pié del sepulcro del que la dió el ser, cuya estatua parece renovarle la maldicion que un tiempo habia aquel lanzado sobre la cabeza de los criminales amantes. Lorenzana, al verse cercado por la justicia, se clava en el pecho su daga: María pierde la razon, y en medio de su horrible delirio cae muerta. Este es el drama.

De propósito hemos omitido el hablar de un D. Félix, personaje puramente episódico, y con el cual pretendia D. Lorenzo casar á su hija; cosa que ella resiste al pié del altar mismo donde habia sido conducida á la fuerza. Ni el amor de él, ni la negativa de ella, ni los estériles arranques de abnegacion del galan, tienen maldita influencia en la accion. Solo sirven para llenar de palabras algunas escenas.

Emitamos nuestra opinion acerca de este argumento.

El crimen de los padres ha caido sobre los hijos: una jóven pura, tierna é inocente ha sufrido la pena de una grave falta que no fué suya, que ella hasta ignoró siempre. Esto subleva la razon. Volvemos al fatalismo griego, á la familia de los Atridas, maldecida por los delitos de sus progenitores. El autor del drama ha comprendido sin duda lo falso de la posicion en que se colocaba, y se ha armado preventivamente de una disculpa. ¡Pero qué disculpa! Un texto de la sagrada Biblia, puesto al frente de la obra, el cual dice que Dios castigará las iniquidades de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion.

No nos sorprende: ya habiamos visto este mismo texto sacado á relucir en otro drama, en *La oracion de la tarde*. Entonces creimos, como creemos ahora, que es escandalosamente aventurado el pretender sacar deducciones de los sagrados libros, cuando esto se hace por quien no puede ni debe hacerlo, por quien no tiene ni la autoridad ni la ciencia indispensables para darles su verdadero sentido, su sentido católico. Por eso la Iglesia tiene prohibida, siglos ha, no solo su interpretacion, sino hasta su simple lectura al comun de los fieles, á menos que no vaya comentada y esplicada dogmáticamente; único modo de que no induzca á los graves errores que perturbaron en mucho la fé ortodoxa, y que hicieron tan tristemente célebre al siglo décimo sexto. Dejemos, pues, en paz á la Biblia, y no la traigamos y la llevemos en los dramas, donde está muy fuera

de su lugar, ni pretendamos buscar en ella una disculpa á un mal argumento.

La ejecucion fué esmerada, habiendo tenido mayor ocasion de distinguirse en ella la Sra. Castillo y la señorita Castro, que es una actriz de gran sentimiento y buen decir.

El Principal ha puesto en escena á *Mackbeth*, ópera no ejecutada tiempo hacia. La célebre hija de la ardiente y fantástica imaginacion del gran Shakespeare, ha sido bien comprendida por Verdi, y esta música participa no poco del carácter del autor inglés. De aquí es que su éxito en todas partes haya sido grande, si bien en Cádiz no lo habia alcanzado nunca muy estrepitoso, acaso por motivos de ejecucion.

Harto mas satisfactorio ha sido esta vez, y la obra se aplaudió y sigue aplaudiéndose como nunca antes habia logrado serlo. La Sra. Peruzzi ha sido en ella lo que acostumbra; es decir, una notabilísima artista, y el público le ha hecho cumplida justicia. El Sr. Paccini es el eje sobre que gira la ópera, puesto que, segun es sabido, ella no tiene tenor, y el bajo solo toma parte en una ó dos piezas. Producciones como ésta necesitan de un pulmon privilegiado, como lo es el del Sr. Paccini, que sin embargo no decayó en la larguísima serie de su asesino papel.

Tambien fué muy aplaudido, y con justicia. Al Sr. Boucardé se le espera por momentos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

El frio es vivo; dícese que el invierno será crudo; apresurémonos á adoptar las pieles y los equipos confortables que la estacion exige.

Hácense grandes capas de terciopelo, guarnecidas de marta, que son de una belleza indescriptible.

El astracan está muy de moda para los paletós de terciopelo de lana.

La casa Lecourt, cuya fama aumenta de dia en dia, produce cosas encantadoras, así en confecciones como en trajes. Citemos algunos modelos.

Pardesús de popelina gris perla, enteramente orlado de terciopelo negro. Faltriqueras adornadas del mismo modo. Mangas de codo, vueltas con orla de terciopelo. Delante del corpiño tres lazos de terciopelo negro.

Vestido de recepcion interior.

Traje de tafetan gros negro, sembrado de ramos de violetas de los Alpes. Sobre la enagua, colmenilla de tafetan violeta formando la túnica redondeada abierta. En la parte inferior y á cada lado un lazo de cinta de pequeños cabos.

Corpiño en punta, llano, semi-montante; el mismo adorno del traje rodeando la escotadura del cuello. Por delante, dos hileras de botones de seda violeta.

Mangas de tres buches con igual adorno.

A propósito de trajes, hablemos de las pasamanerías de la casa Richenet-Bayard. Ved aquí una multitud de novedades, que desde su aparición son arrebatadas como por encanto. Todo esto es de un efecto prodigioso. Citaré algunas.

Tiras ó franjas de crochet, bordadas de cuentas finas de azabache abrillantadas, y con las que se hacen bellísimos adornos.

Estas franjas se colocan en medio de las enaguas. Hay *jockeys* iguales.

Bordados y grecas.

Guarniciones de botones para la parte anterior de los abrigos.

Botones rodeados de piel; innovación muy original y linda, aplicable á diversos usos, según el capricho de la persona.

Otros muchos modelos existen, pero el mencionarlos á todos me llevaría demasiado lejos.

Entre las confecciones para luto que encierra la casa Saran, haré mención de los lindos paletós de velutina, guarnecidos de Astracan, con manguito igual; de otros ricos modelos de seda y guipure; y finalmente de otros más sencillos de paño casimir.

Veamos ahora las frescas y lindas modas de la casa Leroy-Mariton. Ya son sombreros de la más alta distinción, ya prendidos seductores y coquetos, que hacen bellas hasta á las feas. ¿Pero á qué designar estos modelos? ¿Cómo describir tantos preciosos caprichos? Se sabe que hay siempre en los sombreros mezcla de telas, y á veces de colores. El ala es de un tamaño conveniente, el bavolet plegado y bastante ancho.

Como adorno, un gran número de sombreros de vestir tienen plumas; en otros se colocan flores. La mayor ó menor elegancia de un sombrero depende naturalmente de la clase de vestido á que se le destina.

Las flores se emplearán este invierno con profusión en todos los equipos de baile, y la casa Guélot nos ofrece en este momento guarniciones de trajes y de prendidos maravillosas.

Vuelven á estar en moda las guirnalda redondas; otros prendidos se componen de ramas aisladas.

Su forma debería variar según los rostros. Es menester poseer el tacto perfecto de dar á cada uno de ellos lo que mejor le sienta. ¿Teneis una cara pequeña? No vayais á enterrarla en medio de un bosque de flores. ¿La teneis por el contrario demasiado redonda? Usad un prendido algo voluminoso que tienda á alargarla en vez de ensancharla. Miraos pues á vuestro espejo, consultad á Mr. Guélot, cuya casa tanta fama tiene entre las de nuestros floristas, y escoged en sus salones.

Las máquinas de coser de Mr. Goodwin gozan de un incesante favor. Se las halla en la mayor parte de las casas industriales, en las cuales prestan inmensos servicios, y muchas familias se las proporcionan para los trabajos domésticos. Con estas máquinas se obtienen resultados que tienen algo de prodigiosos. Sirven para confeccionar los vestidos, los calzados, los uniformes militares, y de aquí hasta las obras más finas, tales como los bordados, la ropa blanca, etc. *La casa Americana* se

vé literalmente invadida todos los días por el gentío de París que admira las máquinas perfeccionadas de Mr. Goodwin, y las compra en número considerable.

Como no se debe olvidar á los pequeños, digamos algo de los vestidos de niños. Voy á describir algunos modelos.

Para niña de diez años. Traje *Isabeau* de popelina gris tórtola. De alto á bajo por delante, un sesgo de terciopelo nacarado, con dos hileras de botones iguales.

Mangas de codo y vueltas.

Otro para niña de seis años.

Traje de popelina blanca; por abajo, greca hecha con galon de seda azul celeste. Debajo de esta, plegado de tafetan blanco.

Mangas cortas, adornadas lo mismo.

Corpiño escotado de berta, con greca y plegado.

Otra. Traje de tela de lana agrisada: por delante dos tiras de terciopelo negro nacen de los hombros y bajan hasta la parte inferior de la enagua figurando delantal. En medio de estas tiras, una hilera de botones de terciopelo.

Mangas cortas, corpiño liso.

Otra. Enagua de popelina á cuadros azules y blancos. Por abajo, una tira de popelina blanca, con sobrepuestos azul celeste, diseñando una guirnalda de hojas.

Chaquetilla y chaleco adornados lo mismo.

Las mangas anchas, con un bordado semejante al de la enagua.

Este traje es para un niño pequeño.

Sombrero Tudor, para niña, en castor gris, ribeteado de terciopelo azul, y con una larga pluma rizada azul.

Este pequeño prendido puede hacerse en castor blanco ó negro, ó bien en terciopelo liso.

La misma forma sirve para niños; pero no llevan plumas largas; se las reemplaza por una garzota de plumas rígidas blancas, ó por plumas de gallo, con hebilla de azabache si el sombrero es de castor negro.

Ved aquí un modelo elegante. Es de castor blanco, con ribete de terciopelo liso azul de Prusia. Tiene una garzota de plumas blancas, enlazada con una corona de plumas azules rizadas.

Nada más por hoy.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gros verde con tres guarniciones de cinta ancha del mismo color, plegadas y sujetas por el centro: monillo liso alto, cerrado por botones: mangas anchas con dos guarniciones y un buche; cinturón con lazo y cabos largos con el mismo adorno al rededor: manguito de musolina liso: cuello y

puño bordados: brazaletes y alfiler oro. Adorno de cabeza, lazos de terciopelo. Guantes carne.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gros gris con cinco volantes ribeteado de terciopelo negro: monillo alto cerrado. Sobretudo de paño negro con tres esclavinas guarnecidas de pasamanería: mangas anchas con el mismo adorno que las esclavinas: manguito de musolina con puño vuelto bordado: cuello rizado: sombrero de gros gris: á la izquierda ramo de camelias encarnadas y hojas verdes: en el interior del ala ramo de lo mismo encarnadas y blancas: lazos y cabos de gros punzó: guantes carne: brazaletes oro.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA.

Vestido de terciopelo groselle con una guarnicion de cinta ancha de gros del mismo color: monillo alto cerrado: manga ancha con bota forrada de la misma cinta: manguito de musolina: cuello y puño liso: sombrero de terciopelo del mismo color del vestido adornado á la izquierda de una gran pluma blanca: calzon corto y ancho: botita gris: guante color carne.


ADVERTENCIA.

Repartimos con el presente número un primoroso Almanac cromo-litografiado á cinco tintas, el cual ofrecemos como regalo á nuestras amables suscriptoras; sin que el excesivo trabajo y costo de la obra nos haya arredrado ante el justo deseo de consagrar esta ofrenda de gratitud á quienes tan constantemente nos favorecen.

Distribuimos tambien un patron extraordinario, y tres piezas de música; de modo que sobre las que estábamos obligados á repartir, se echará fácilmente de ver que hay un exceso: éste lo damos tambien por via de obsequio.

MODO DE DISPONER EL ALMANAC.

Este representa el pórtico principal de la Catedral de Valladolid. Sus puertas se cortarán en la forma

que indica la siguiente figura:  Cortadas y abier-

tas que sean, se pegará este trozo sobre un carton. A la parte interior del dicho pórtico, así abierto, se pegará igualmente el Santoral, de modo que por el hueco que quede entre las puertas cuando se abran, se vea este, y cerradas aquellas se oculte del todo.

SUMARIO.—GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—UNA MAÑANA DE MAYO, por Doña Angela Grassi.—UNA CACERÍA EN EL LÍBANO, por D. Bruno del Barco.—LA FRANQUEZA LITERARIA, Sátira, por D. Juan Miguel de Arrambide.—A UN AGUILA, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—LETRILLA, por D. Victoriano Martinez Muller.—UNA LECCION, por D. José C. Bruna.—EL CONEJO, por D. José C. Bruna.—REVISTA DE MADRID, por D. Sebastian de Mobellan.—LAS ESTRELLAS, por D. José Selgas.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—EL MURCIÉLAGO ALEVOSO. Inectiva por Fr. Diego Gonzalez.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARIS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.—ADVERTENCIAS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurin de trajes para Señora.—Tres piezas de música.—Almanac cromo-litográfico para 1861.—Dos grandes hojas dobles de patrones para bordados y cortes de vestidos.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El dinero da á las gentes conocidos y parientes.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

